

parte, aparecen dos ángeles, fingiendo sustentar los extremos del almohadón en que descansa la descubierta cabeza de aquella principal figura, distinguiéndose sobre la clave de la referida ornacina un retablo, adornado de pináculos y de agujas vistosamente dispuestos, y cuya parte central ocupa la imagen del Padre Eterno, con un niño desnudo sobre las rodillas, figura esta última que representa el alma del difunto, como el grupo representa en su totalidad el tránsito de la misma al regazo del Creador Omnipotente; á uno y otro lado, y en ornacinas de igual arte y naturaleza, muéstranse otros dos ángeles incensando al grupo central, en tanto que en ornacinas análogas, tañen otros dos ángeles distintos instrumentos músicos: un psalterio el de la derecha, y un laúd el de la izquierda.

Constituyendo parte de la ornacina principal,—donde resalta la figura de la persona á cuya memoria está dedicado el monumento,—mírase á cada lado tres doseletes piramidales, bajo los cuales se levantan las imágenes de San Pedro, San Juan y San Andrés á la izquierda, y San Pablo, Santiago y San Matías á la derecha, haciendo por último, oficio de orla á esta decoración exuberante y armoniosa, funeraria inscripción en caracteres alemanes de resalto, interrumpida en los ángulos y en el eje longitudinal de la *Lauda* por el blasón «de atribución confusa», propio de la familia á que perteneció el panteón ó carnero, y por la misma decoración en la parte inferior y superior del monumento, la cual inscripción dice de esta suerte, dando principio la leyenda en el ángulo superior de la derecha del espectador:

⊕ aqbi

iaze · martin · ferrades · de las cortinas · qbe · fino · el ·
 primer · dia · de · marsco · era · de · m · cccc · ix · años · ⊕ aqbi ·
 iaze · catalina · lopes · sb · mbgier · q · fino
 · a ocho · dias · de · mayo · era · de · m · cccc · xi · annos ⊕ aqbi · iace
 sos · fios · lope · ferrades · ioha · ferrades · diago · ferrades · a qbi
 dios · pde

No parece obra de artista español la *Lauda*, mandada labrar para el enterramiento de la familia de Martín Fernández de las Cortinas por sus sucesores y herederos, y hay quien no sin razón sospecha que «pudiera ser obra de artista alemán ó flamenco, en cuyos países se usaban y era mayor el progreso de las artes» (1), abundando nosotros con Assas en tal idea, sobre todo si se tiene en cuenta, con el comercio que hacían á la sazón los castreños en aquellas regiones, la delicadeza y la perfección del grabado, no estando conformes las lápidas copiadas arriba y que aún subsisten en el arco sepulcral, con la duda de que el enterramiento que cubría hace veinte años esta *Lauda*, correspondiese á la inscripción de la misma, duda que propone el escritor montañés, á quien han seguido cuantos han estudiado hasta ahora este interesante monumento (2), que enriquece desde 1871 las colecciones del *Museo Arqueológico Nacional*, donde se conserva.

(1) ESCALANTE, *Costas y Montañas*, pág. 58. Este escritor recuerda que «el docto P. Sigüenza, historiador de San Jerónimo, atribuía á mano italiana la lauda de bronce que el caballero Fernán Rodríguez Pecha, camarero del rey don Alonso XI, muerto en 1345, tenía en la capilla de San Salvador, en la parroquia de Santiago de la ciudad de Guadalajara, según refiere el jesuíta Pecha en su historia de esta ciudad; pero el carácter de la plancha de Castro no parece de la misma escuela», como es lo cierto. En el texto de su interesante libro, hace memoria el mismo Sr. Escalante de que «adoptaron los señores castellanos estas laudas metálicas para sus sepulturas; Haro trae en su Nobiliario,—dice,—las que poseía la familia de *Pacheco* (marqueses de Villena), en su célebre monasterio del Parral de Segovia, fundación de Enrique IV, príncipe; describe alguno de sus dibujos, y copia sus inscripciones, y debieron ser de uso frecuente en el siglo XVI, cuando Cervantes hace decir en una de sus comedias á Pedro de Urdemalas, hablando de un alma en purgatorio:

» Vila en una sepultura
Cubierta con una plancha
De bronce, que es cosa dura.»

» Poníanse,—concluye el Sr. Escalante,—sobre el pavimento de las iglesias, lo cual,—asegura, hace dudar que la plancha de Castro ocupe (1871) el lugar para que fué destinada».

(2) *Id.*, *id.*, pág. 59. El Sr. Assas, en su monografía citada (*Museo Esp. de Antigüedades*, t. I, pág. 276), sospecha que en lugar de cubrir el lucillo debió servir de puerta al panteón de la familia, y que en cualquiera de las obras de reforma de esta iglesia pudo el panteón desaparecer ó ser destruído.

Ya sin duda alguna, habrás, lector, reparado en que « de la consideración social del sujeto », que, al decir del ilustrador de la *Lauda*, « sería probablemente uno de tantos armadores de la villa, cuyas expediciones mercantiles se extendían hasta el peli-groso Mar Báltico, y cuyas proezas belicosas ó piráticas llegaban hasta internarse en el famoso río Támesis, y apresar las naves ancladas en medio de la gran ciudad de Londres », — « dan testimonio el lugar y la forma de su sepultura », mientras le facilitan « de sus virtudes personales los símbolos agrupados á sus pies » y antes citados, como habrás fijado la atención, en que la decoración de la *Lauda* lejos de corresponder á la época en que falleció Catalina López, mujer de Martín Fernández de las Cortinas (1373), es obra ya del siglo xv bien marcada, y tributo rendido á tal familia por sus herederos, no por los hijos de Martín y Catalina que habían fallecido ya en años anteriores al de 1371 en que finó el primero, persuadiendo de ello notable circunstancia, que no tendría tampoco explicación de otra manera : la de que declarando la primera de las lápidas copiadas, que el dicho Martín falleció á 24 de Marzo de la era de 1409, la inscripción de la *Lauda* declara por su parte que el fallecimiento de aquel se verificó *el primer día de Marzo*, olvido en que no pudieron caer los inmediatos sucesores, y en que cayeron seguramente los que en el siglo xv recogieron la herencia de la familia Fernández de las Cortinas, sin tener en cuenta lo consiguado ya en el epígrafe empotrado en el fondo del carnero (1).

Separada del sepulcro de que formó parte, « y cubierta con

(1) Assas afirma hipotéticamente, y no conociendo la inscripción de las lápidas; que los tres hijos de Martín, « Lope, Juan y Diego, le servirían de poderosos auxiliares durante su vida; y muertos él y su mujer Catalina López, continuando ellos con el mismo género de vida, pudieron fácilmente encargar y conducir por sí mismos en persona desde Flandes ó Alemania tan preciosa lauda, permitiéndoles desahogadamente la riqueza, por tales medios adquirida, pagar el no escaso coste de tan estimable objeto ». Fallecido Lope en 12 de Mayo de 1362, Juan, que fué clérigo, en 26 de Marzo de 1369 y Diego en 6 de Septiembre de 1370, mal pudieron « encargar y conducir por sí mismos en persona » la *Lauda*, cuando además en ella aparecen sus nombres.

una espesa capa de óxido y materias terrosas », hallábase de largo tiempo la *Lauda* « arrinconada, hecha cuatro pedazos », « cuando varias personas entusiastas de Santander realizaron... notable exposición artístico-industrial de la provincia », siendo entonces « conducidos á la capital aquellos olvidados trozos, sin presumir ni remotamente su importancia. » Viólos por fortuna un artista; y « presintiendo... el mérito del grabado casi oculto por el óxido y la tierra..., hizo no pequeños gastos para limpiar el bronce; unió las desconcertadas piezas; y presentó por último á la admiración de los inteligentes » aquel notable monumento. « Al tenerse noticia en Castro-Urdiales del feliz hallazgo..., tornaron la vista los hijos del país hacia » la *Lauda*, y después de varias reclamaciones consiguieron restituirla á esta *Iglesia parroquial* de donde procedía; y como cundiese la noticia de su existencia, parece ser que hubo de excitar la codicia de los negociantes, quienes llegaron á hacer proposiciones al Ayuntamiento para adquirirla « con el fin de enviarla á museos extranjeros, para con aquellos fondos hacer un paseo público »; mas el gobernador de la provincia noticioso « de tales proyectos, supo oponerse á ellos, y trasladó inmediatamente el monumento á su mismo despacho oficial, donde lo entregó » en 1871 á la Comisión nombrada por el Ministerio de Fomento « para investigar, adquirir y trasladar al *Museo Arqueológico Nacional* objetos propios de este Establecimiento, que se hallaban esparcidos en varias provincias de España » (1).

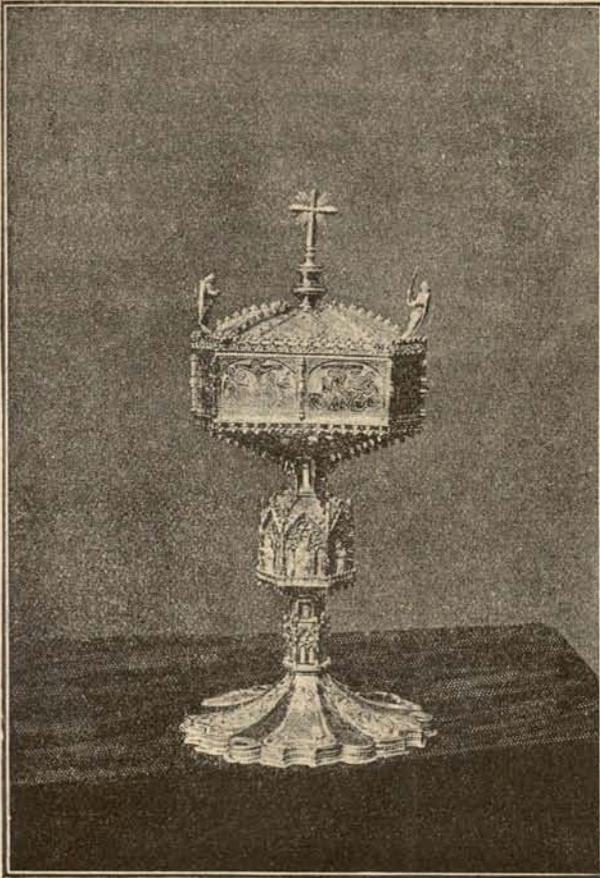
No es ésta sin embargo, con ser de tanta importancia y de mérito tan singular como reconocido, la única joya con que contaba la suntuosa y elegante *Iglesia Parroquial* de Castro-Urdiales, pues prescindiendo del bien entallado busto de Jesu-Cristo que allí se conserva, y del magnífico órgano, con otras

(1) DON JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO Y DON JUAN DE MALIBRÁN, *Memoria que presentan al Excmo. Sr. Ministro de Fomento, dando cuenta de los trabajos practicados y adquisiciones hechas para el Museo Arqueológico Nacional* (Madrid, 1871), pág. 25.

varias obras estimables,—guarda todavía alhajas de indisputable mérito, algunas de ellas tan poco conocidas, como ocurre en orden á las llamadas *alhajas del violín*, por asemejarse á tal instrumento la forma de la caja que las contiene. Regalo, sin duda, de algún *indiano* afortunado, y producto de orfebres italianos seguramente,—dichas alhajas, labradas en oro y finalmente esmaltadas, son en número de cuatro y representan al *Padre Eterno*, la *Purísima Concepción*, el *ave Fénix* y el *Pelicano*; ocupa la parte superior de la caja, de medio cuerpo y de bulto, la imagen del *Padre Eterno*, ya mencionada, con la mano izquierda sobre el mundo, y levantada la derecha en actitud de bendecir, teniendo por bajo, con las alas desplegadas, el Espíritu Santo en figura de paloma; en el centro, interesante y bella, más artística que la del Padre, también de bulto pero de cuerpo entero, con imperial y alta corona desproporcionada, envuelta en los pliegues del bordado manto convencionalmente dispuestos, y lujosamente ornada la túnica que viste,—levantada sobre tres alados querubines, surge la imagen de la *Purísima*, con las manos cruzadas en oración sobre el lado izquierdo del pecho, el semblante expresivo, y la actitud convencional para este linaje de representaciones, mientras en la parte inferior y más ancha, se muestra á la izquierda del espectador, entre amarillentas llamas el *Ave Fénix*, símbolo de la resurrección del alma, con las alas abiertas y en disposición de levantar el vuelo á las regiones celestiales, y á la derecha el *Pelicano*, también con las alas abiertas, pero caídas, hiriéndose en el pecho con el pico, y dando sus entrañas á sus tres hijos, que ansiosos de ellas se alimentan, como encontró la humanidad su salvación y su vida eternas, en las entrañas del Divino Salvador del mundo.

Fruto de la XVII.^a centuria, obras parecen ya que no del mismo Cellini, de alguno de sus discípulos, sorprendiendo en ellas la riqueza, la pulcritud, la proporción, el esmero de los detalles y la finura del esmalte y del colorido, circunstancias todas que hacen subir de punto la importancia de estas alhajas, de

que tiene en Castro-Urdiales noticia contado número de personas, y que aun haciéndose de ellas ostentación en las procesiones, por la exigüidad de su tamaño no han sido reparadas ge-



CASTRO-URDIALES.—COPÓN DEL SIGLO XV

neralmente. Dignas son de figurar entre las colecciones de un *Museo*, ya que no se hallan destinadas al culto, y quizás con el valor que representan, podría la misma *Iglesia* atender á los gastos de la restauración con tanta fe como entusiasmo acometida por el arquitecto D. Eladio Laredo, á cuya galantería somos deudores del detenido reconocimiento del templo y de la contemplación de estas verdaderas maravillas del arte, hoy sobre todo tan apreciadas entre los co-

leccionistas y en el comercio de antigüedades.

Del siglo xv, y midiendo 37 centímetros de altura,—notable es como pieza de orfebrería el magnífico *copón* ó vaso sagrado, donde se guarda las hostias consagradas. Afecta la figura de un arca, cuyos lados mayores son rectos, mientras los menores forman ángulo saliente; recorrido de cresterías,—el vaso, en esta disposición, se halla cerrado por su cubierta correspon-

diente, de seis cascos, ornados de crestería en los ángulos y con grabados medallones en las caras mayores, surgiendo en el centro, sobre torneada peana una cruz radiada de época posterior, y á cada extremo un ángel, con las alas plegadas y un cirio en la mano. Quiso el artista, alemán sin duda, representar con el sagrado vaso el sepulcro de N. S. Jesucristo, y urna funeraria semeja con efecto, resaltando en las caras de la misma pasajes de la Vida del Salvador del mundo, los cuales estuvieron ó debieron estar primitivamente esmaltados de negro. Por bajo de los indicados medallones y recorriendo las seis caras del arca, desenvuélvese estrecha orla, y en ella, en caracteres alemanes minúsculos é incisos, se halla la siguiente inscripción, cortada por la hechura del vaso:

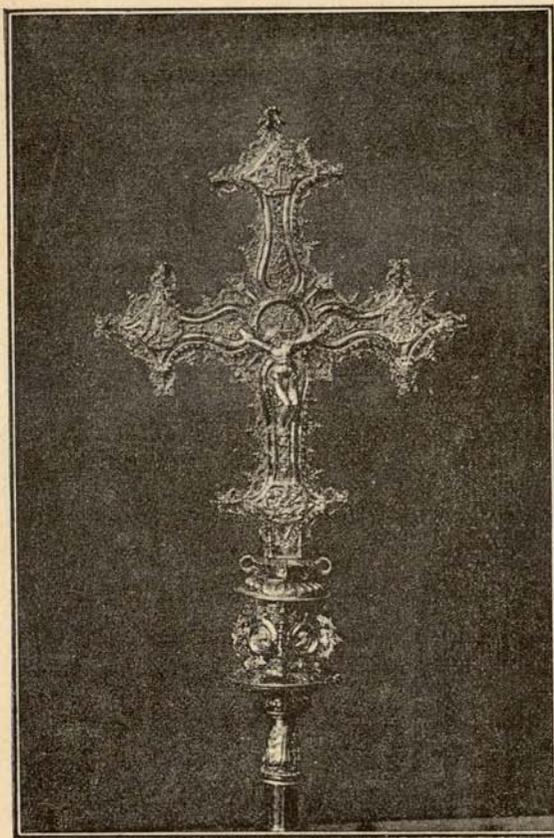
= siendo ma || rdomos : pero saez de || castañeda : cura : e ma ||
 rtyr : peres : del campo leg || o : fisolo.... (1) follou platero || esta
 obra se feso : en || la era del nascymiento || del sseñor de myll e
 cccc || . l . x . vi . anos =

En el nudo también exagonal, resplandece con todos sus primores el estilo ojival florido, con elegante domo ornado de pináculos, agujas, brotes, follajes é imágenes, figurando en el labrado pie, también grabadas, las imágenes de San Cristóbal, la Dolorosa y el Crucifijo.

Propia del estilo del renacimiento, y con todas las exuberancias del ojival,—rica es sobre modo la *Cruz procesional*, asimismo de plata, y en perfecto estado de conservación, bien que no íntegra por desventura, dando idea de la suntuosidad de aquel hermoso templo, y de la devoción y de la piedad de los castreños. Bien puedes, lector, formar juicio de ella por la re-

(1) Aunque perfectamente conservada la letra, no resultó, á lo menos para nosotros, legible por completo el nombre del platero, que aparece en esta disposición: *nhu*; acaso sea abreviatura de Johan (*ihñ*).

producción gráfica que te ofrecemos adjunta, y advertirás las delicadas cresterías que decoran como fino encaje los brazos del sagrado símbolo, los relieves representando la Pasión que la



CASTRO-URDIALES—CRUZ PROCESIONAL DEL SIGLO XVI

avaloran, la elegancia de su forma general, la belleza del nudo, ornado de medallones y contrapostas, y la importancia de esta joya, que juntamente con las mencionadas, se guarda con religiosa veneración en la Sacristía de la Iglesia, al lado de otras alhajas de menor interés, como lo son unas vinajeras y un cáliz de filigrana de plata, una naveta de igual metal y del renacimiento, una *Custodia* del siglo xvii, de buena tradición y también de plata, un incensario de la misma ma-

teria, anudinado y del siglo xv, y otra *Cruz procesional* del xviii, bien labrada, aunque ya de mal gusto.

Atribúyese no sin causa á San Fernando la fundación del templo de Castro-Urdiales, como se le atribuye «la restauración y auge de las iglesias de Cantabria;» y si por aventura no fué personal ni directa la participación que en tal empresa tuvo el insigne conquistador de Sevilla, por lo menos autorizan en cier-

to modo la tradición, la época en que fueron erigidos aquellos edificios y la advocación común que ostentan, á despecho de cuanto advierten la mayoría de los escritores locales, olvidados de la influencia poderosísima que tuvo en la Montaña la tradición de tiempos anteriores, constituyendo, dentro del período ojival, variedad característica y privativa de esta región del N. de España, y que aparece por iguales causas en Asturias y en Galicia. Hoy «trabajada por la acción demoledora del tiempo,» la iglesia de Castro-Urdiales semeja «barco sorprendido por el temporal, desmantelado y pronto á sucumbir;» así «se nos presenta, al cabo de siete siglos [á contar del XIII], pidiendo reparación; reparación urgente y necesaria tratándose de un templo llamado á desaparecer, si una mano pródiga no atiende á su restablecimiento y su conservación, para que la ruina», «que desde luego podemos calificar de *inminente*,» «no le destruya,» y deje de él tan sólo el recuerdo de su hermosura, sencillez y elegancia de sus líneas» (1). Mucho pueden la fe y el entusiasmo de quien ha tomado sobre sí la grave tarea de restaurar el monumento, y lleva en él hechos prodigios verdaderamente admirables, dados los medios de que dispone y la situación dolorosísima de la fábrica; pero necesario es que á sus esfuerzos se unan los de todos los castreños, dentro y fuera de España, y conveniente sería que el Estado, si la angustiosa crisis que le combate lo consintiera, diese muestras efectivas, aunque no invasoras, de reconocer por tal medio los servicios que á la madre patria tiene prestados Castro-Urdiales.

«Como á unos cuatro metros del solar del templo,—hace observar el señor Laredo,—se encuentran las ruinas (hoy reducidas á unas simples tapias) que, á juicio del ojo observador, no han podido ser otra cosa que una iglesia, distinguiéndose perfectamente su pequeño ábside, que es, indudablemente, de una arquitectura anterior á la de la Parroquia,» medio éste por el cual

(1) LAREDO, *Memoria*, cit. pág. 12.

se demuestra que fué siempre y en toda ocasión, según costumbre añeja, lugar destinado al culto, aquel elegido en el siglo XIII para emplazar la *Parroquia de Santa María*, dentro de la fortaleza que defendía la villa, aun sin saber «de qué enemigos recelaban, qué acometidas de herejes ó paganos temían los fundadores de Santa María de Castro para erigir su templo en el centro de una fortaleza, sobre un áspero escollo, cuya entrada cerraron con muro y cava» (1). «Las pocas líneas que en» aquellas ruinas «se pueden observar, recuerdan,—dice el arquitecto,—esos templos... de la dominación llamada latina.» «Siguiendo el curso de sus muros, nos encontramos con una puerta que indudablemente representa el crucero, que es de arquitectura posterior, pues en sus líneas se observa algo del gusto románico-cantábrico (permítasenos la clasificación), de que encontramos tantos modelos en Asturias y Galicia.» «Parece ser que esta iglesia estuvo consagrada al Apóstol San Pedro, y que fué el primitivo templo de la villa» (2), con lo cual resulta demostrado que los fundadores del siglo XIII dieron asiento al actual «en suelo ya santificado» de antiguo, y al abrigo y amparo de la fortaleza, como la parte más noble entonces de la villa.

No habremos, lector, de invitarte á visitar, antes de salir del recinto de la Iglesia, el cementerio que se dilata por su costado septentrional: lúgubre mansión de los muertos, arrúllala la imponente música del Cantábrico, cuyas olas levantan los duros temporales del Noroeste hasta besar los sillares del templo, según expresión de un escritor montañés, y cuyo eterno batir contra la roca, hace que vibre, cual nosotros mismos lo hemos comprobado, la fábrica entera de *Santa María*, infundiendo temeroso pavor en quien lo advierte. Las obras de restauración acometidas, han perturbado el religioso silencio de aquel lugar de descanso, donde esperan la hora de la resurrección eterna

(1) ESCALANTE, *Costas y Montañas*, pág. 50.

(2) LAREDO, *Memoria*, cit. págs. 15 y 16.

tantas generaciones, cuyas cenizas recogidas en los nichos de la galería, ó depositadas en la tierra, permanecen allí olvidadas... Sólo llamará tu atención «el obelisco de un monumento erigido á la memoria del ardiente publicista Luís Artiñano por sus amigos y compatriotas», y cuya sencillez elegante forma contraste singular con el conjunto vulgarísimo de aquel triste paraje.

Recuerdo de otros tiempos, y de otras gentes, y de distinta consideración para la villa, ofrece con verdad el castillo, descompuesta construcción militar, que se alza «á unos 15 metros de la Parroquia y de las ruinas» memoradas, completando ciertamente «el bellissimo cuadro que tanto caracteriza á este pueblo, y que admiran todos los forasteros». Conduce á él una rampa, y aparece provisto de cinco torreones, cuatro de los cuales sirven «de contrafuerte á la gran bóveda que forma la vivienda» del vetusto propugnáculo, mientras avanzando el quinto «hacia tierra, forma un recinto de planta triangular, que indudablemente estuvo coronado por almenas»; parece así indicarlo «un tercer cuerpo, donde hay dos puertas, cuyos arcos son de época bien determinada, por la severidad y belleza de su línea, así como por la falta absoluta de ornamentación» en ellos, revelando en su conjunto muy diversos períodos de construcción, y presentando entre aquella serie de reformas que adulteran su fisonomía «algunos elementos pertenecientes á la misma época de la fundación de Santa María» (1). Otra rampa guía «al fantástico puente que pinta Castro en sus armas, tendido de peñón á peñón, bajo del cual se revuelcan pavorosamente las olas» (2), y que no es el único, pues aquellas dos peladas moles que azota el oleaje, fueron unidas «por medio de arcos ó puentes que conducían á un pequeño Santuario dedicado á Santa Ana».

«De aquellos,—dice el arquitecto Sr. Laredo,—aún quedan vestigios para poder estudiar su época, siendo el mayor de la

(1) LAREDO, op. cit., pág. 16.

(2) ESCALANTE, *Costas y Montañas*, pág. 59.

misma forma apuntada que la misma fortaleza é iglesia: el más pequeño es de medio punto». Fantástico es con verdad el aspecto de aquellos peñones desnudos, que han presenciado impávidos tantas glorias y tantas desventuras! Humedecidos por las aguas, sírvenlas de valladar invencible, y contra ellos vienen estrellándose unas veces furibundas, mientras se arrastran otras humildes y sosegadas, pero sombrías siempre, á sus pies de duro granito. Ellos han contemplado el nacimiento de la villa; ellos guardan sin duda el recuerdo de aquellos pobladores á quienes hubieron de suceder los que sometió más tarde Roma; ellos han presenciado la llegada de las embarcaciones tiberinas, y han sufrido, si esto es posible, la dominación de aquellas gentes que fundaron la colonia apellidada más tarde *Flavióbriga*, como recogieron los asombrados gritos de los que vieron en el siglo VIII.º perdida á España, y como dieron alientos á los que engrandecieron adelante el nombre de aquel lugar, haciéndolo cabeza de las villas del Cantábrico! El batir incesante de las olas ha conmovido al fin las entrañas de roca de uno de aquellos peñones, rajándole en sentido oblicuo, disposición en que amenaza desprenderse como pavoroso *argayo* la porción quebrantada, deslizándose para buscar sosiego en el fondo oscuro de las aguas.

De mucha devoción, decía en el pasado siglo el P. Henao, era la *Ermita de Santa Ana*, de la cual ya nada existe que pueda contribuir al intento de señalar la época de su construcción primitiva, pues «por más estudios que se practiquen, no se encuentra un solo documento» que á ella se refiera; hoy se halla convertida en hermoso *Miradero*, desde el cual se goza espectáculo incomparable y á la vez imponente y majestuoso: mírase desde allí, abrirse «la costa en seno anchuroso, cuyo centro ocupan la villa y su playa; corren al nordeste las quebrantadas tierras vizcaínas; en su obscura mole clarean la entrada de la ría de Somorrostro, las casas de Algorta que cuelgan esparcidas en la pendiente, ó se agrupan al pie del orgullo-

so faro de la Galea, y el arenal de Plencia, somero del agua, dilatándose el promontorio hasta morir en cabo Villano, cuyo espolón de piedra, caído al mar, asoma aislado encima de las olas». «Hacia el Ocaso, se escalonan escuetos peñascos hasta los montes de Laredo y de Santoña, perdidos... en la bruma de oro derramada en la atmósfera por la luz poniente del estío, y en frente duerme tendida la inmensidad del Océano, cuyo horizonte azul se confunde con el azul purísimo del cielo» (1). Espectáculo hermoso con verdad, de que no se harta el espíritu soñador, y del que distraen á ciertas horas sin embargo, «las velas que parecían esparcidas por el horizonte», y que con la marea, «se acercaban unas á otras, llegando á la costa».

«Desde el peñón de Santa Ana se las veía desfilan, saltando sobre las olas, y arriando su aparejo, viraban para penetrar en la angosta gola que entre sí dejan los muelles de la dársena». «Y lentas y silenciosas, como animadas de oculto espíritu, acostumbrado á la obediencia y disciplina, arribábanse las lanchas en ordenada hilera, la proa á tierra, descansando del trabajo de la mar, sobre las aguas serenadas y tranquilas del puerto». «Aprestábanse á desembarcar los marineros: unos aferraban las velas, cargaban otros con los remos, y otros se repartían las cestas de los aparejos, los tabardos embreados, en tanto que mozos, mujeres y chicos acudían á la descarga de la *marea*» ó pesca del día, cuya subasta y distribución se verifica por sencilla é interesante forma que describe pintorescamente el autor de *Costas y Montañas*, donde puedes, lector, hacerte cargo de las formalidades y de los medios ingeniosos que para mayor legalidad son empleados (2). La subasta se celebra en la casa del gremio, en anchurosa sala, dividida en dos tramos, el superior de los cuales se alza sobre una tarima de madera y es el estrado, provisto de larga mesa, mientras el inferior tiene tendidos á lo largo de los muros sitios numerados, y en el centro

(1) ESCALANTE, *Costas y Montañas*, pág. 31.

(2) Pág. 63 y sigtes.

una báscula donde se hace el peso del pescado; léese en alta voz los nombres de los buques y de sus patrones, y la cifra de la carga de cada uno de ellos, y procédesese por el alguacil á la subasta, voceando el precio. Delante de la mesa presidencial, «en medio de la grada», se levanta «hasta la cinta de un hombre, una urna prismática, cuya base superior» se halla partida «en divisiones convergentes é inclinadas hacia su centro»; y cuando á alguno de los concurrentes conviene el precio voceado,—como «por bajo del entarimado que cubre el suelo corren sistemas de palancas aislados, cada uno de los cuales remata por un extremo en una de las sillas arrimadas á la pared», y por el otro «va á empujar dentro de la urna un tope vertical sobre que descansa la bola numerada» correspondiente á cada sillón,—no tiene sino oprimir sencillamente su botón, para que la bola «saltando sobre la base de la mesa», rueda al centro de ella, indicando así que el individuo que ocupa el sillón correspondiente á aquel número, queda en el precio indicado en los quintales de pescado que desee.

Y pues ya conoces este procedimiento, que tantas palabras ahorra, y tantos disgustos evita, vamos á *la Barrera*, elegante avenida y paseo de Castro-Urdiales, no sin que antes entremos en la iglesia del *Convento de Santa Clara*, reedificado en el siglo xvii, pero fundado primitivamente en el primer tercio del siglo xiv, pues la licencia concedida por el papa Juan XXII, lleva la fecha de 1322. Nada tiene de notable la iglesia, que es de una sola nave como la del derruido convento de San Francisco; pero á través de las adulteraciones experimentadas, aún conserva las huellas ojivales de aquel siglo en que suenan después de la gloria inmarcesible del *Salado*, las desdichas de Pedro I y el fratricidio cruento de Montiel que ensalzó al de Trastámara, y en cuyo tiempo los de Castro pagaban al rey no despreciable tributo (1).

(1) «Pagan al rey monedas é servicios quando los de la tierra; pero que quan-



EN OTANES JUNTO A SIERRA
META DE LA TRINIDAD A FINES
DEL SIGLO ULTIMO QUE LA RE-
CORRIO D. ANTONIO DE OTANES
EN AQUEL VALLE. EL AYUNT.
DE ESTA VILLA DISPUSO COLOCAR
LA AQUI ESTE AÑO DE 1826 PARA
CONOCIM^{to} DE LA ANTIGUEDAD DE
ESTA POBLACION Y MAYOR LUZ
A LA HISTORIA. LA INSCRIP-
CION DE LA COLUMNA DICE ASY.

CASTRO-URDIALES.— MILIARIO ROMANO

Saliendo á la *calle de Ardigales*, que rodea por Ocaso la villa para llevar á la que fué *Puerta de San Francisco*, y da paso á la carretera de Laredo,—y siguiendo hacia el barrio de San Nicolás, en dirección del cauce de Brazomar por la carretera de Bilbao, muéstrase ésta lindamente hermoçada por abundosa arboleda y caserío moderno, pues es allí donde va buscando desahogo y ensanche la Villa, en demanda de sus playas. Fórmase semicircular Glorieta, y en su eje,—«surcado por las lluvias, roído por el tiempo», sobre moderno pedestal se alza un fuste de asperón rojo, en cuya superficie, con las extrañas apariencias que el tiempo imprime, se distingue restos de una inscripción, ya casi ilegible, ó legible con grave dificultad y no menor trabajo. Aquel es el famoso *Millar de Castro*, piedra indicativa de la vía Romana que debía guiar á Flaviobriga, pasando por Otañes, donde fué hallado el monumento, y que dice en esta forma, según publican la leyenda los escritores:

NERO · CLAVDIVS · DIVI ·
 CLAVDI · F · CÆSAR · AVG ·
 GER · PONT · MAX · TRIB ·
 POTESTATE · VIII ·
 5 IMP · IX · COS · III ·
 A · PISORACA · M ·
 7 CLXXX

En una de las caras del pedestal, se lee en diez y seis líneas la declaración de que *esta coluna se hallaba || en Otañes junto á su her- || -mita de la Trinidad de fines || del siglo último que la re || -cogió D. Antonio de Otañes || en aquel valle. El Ayuntamiento || de esta villa dispuso colocar- || la aquí este año de 1826 para || conocimiento de la antigüedad de || esta poblacion y mayor*

do el rey há guerra con los moros ó tiene alguna villa, ó castillo cercado, ó está hy por su persona, é arma flota á su costa en la marisma de Castiella ó de Gallizia, que estonce le han de servir los de la villa de Castro con una nave ó con una galea, del día que se partiere de Castro á tres meses; é acabados los dichos tres meses que an servido, que finca el cuerpo de la galea para el rey» (LASAGA LARRETA, *Dos Memorias*, pág. 143).

luz || *de la Historia. La inscripción* || *de la columna dice así:*
 || NERO · CLAUDIVS · DIVI · CLAVDI · F · CAE... || ...SAR · AVG ·
 GER · PONT · MAX · TRIB · PO... || ...TESTATE · VIII · IMP · IX ·
 COS · IIII | A PISORACA · M · CLXXX.

«Fué pues erigido á distancia de ciento ochenta millas de Pisuerga, y en el año noveno de su imperio, por el César Augusto y Pontífice Máximo Claudio Nerón Germánico, hijo del divino Claudio, después de haber ejercido ocho veces la potestad tribunicia y cuatro la consular» (1), según escribe ilustrando este monumento el escritor montañés, á quien tantas veces llevamos citado. «¿Dónde—pregunta,—estuvo el millar cuando señalaba distancia á caminantes del siglo primero de la era cristiana?» «Medía un camino que los emperadores romanos tendieron sobre la raya cántabra, como cadena destinada á ceñir y sujetar los lomos de una fiera indomable, cuyo irritado resuello amedrenta á su opresor y dueño, y cuyos estremecimientos le sobresaltan», como lo había practicado ya y lo seguía practicando con las demás regiones españolas, que hubieron de sucumbir bajo la pesadumbre de la fuerza. «Bajaba la vía,—prosigue,—desde las márgenes del Pisuerga á las del Océano, y cerraba por Oriente el anillo en que cogía la indomable tierra Roma, señora del mar, apostada sobre los páramos de Castilla», donde para dominar á los naturales necesitó de toda su astucia y su perfidia, «y segura de los asturianos, enervados por su codicia, despierta al golpe del legón minero.» «Subsisten,—añade,—sus hitos terminales en Castro y en Herrera; mas desaparecieron los intermedios, los que pudieran ayudarnos al cabo de siglos á plantear de nuevo el curso y desarrollo de la estratégica vía.»

(1) «Segun Muratori (*Annali d'Ital.*), Nerón Claudio entró á ejercer la autoridad imperial en el año 54 de J. C.: corresponde, pues, el noveno de su gobierno al 63 de nuestra era, durante el cual fué labrado el millar de Castro, que cuenta de edad,—decía en 1871 el Sr. Escalante,—mil ochocientos ocho años» (*Costas y Montañas*, pág. 45, nota).

«Pocos años después,—continúa,—daban los Flavios nombre á una colonia establecida á inmediación de aquella carretera, y un siglo más tarde», á juzgar por las monedas halladas en la argamasa de ellas, «restablecía sus murallas, ó las levantaba de raíz Castro, que... no es otra que la misma Flaviobriga.» Con el miliario, descubrióse también «y en un mismo paraje, en Otañes, cerca de Castro, sobre el camino de Castilla, piedras é inscripciones; de ellas un millar labrado, en el cual no llegaron á esculpirse las acostumbradas letras, porque quizás las gentes que en la obra se ocupaban, hubieron de abandonar la tierra sin poner remate á su civilizador trabajo», ó por otra causa ni conocida ni determinada. «No lejos de aquellos sitios había sido hallada una alhaja de labor singular, un plato argentino de forma circular, esculpido en relieve, supuesto voto ó memoria de algún enfermo al manantial de aguas que le dieron medicina y remedio.» «Así lo describe en sus *Memorias* la Academia de la Historia: «en la parte superior se ve una ninfa que vierte de una urna el agua que cae entre peñas.» «Un joven coge de ella para llenar una vasija; otro le da con un vaso á un enfermo; otro está llenando una cuba colocada en un carro de cuatro ruedas, á que están uncidas dos mulas.» «A los dos lados de la fuente hay dos aras en que se ofrecen libaciones y sacrificios, y en el contorno la inscripción SALVS VMERITANA.»

«El hábil orfebre, queriendo acaso indicar la fisonomía y vejetación del terreno donde el celebrado manantial brotaba, dibujó á uno y otro lado de la personificada fuente dos troncos con hojas de castaño.» «El indicio convendría á la comarca donde sucedió el hallazgo; pero ¿cuál de los varios lugares de ella donde corren salutíferas aguas, da cabida en su etimología á la raíz *umeritana*?»—«Y ¿quién sabe si allí quedó enterrado en la confusión y sangre de militar sorpresa?» (1). Mas sea como quiera, y reconocida la filiación de todos estos monumen-

(1) ESCALANTE, *Costas y Montañas*, págs. 44 á 50.

tos, no vienen sino á corroborar la demostración de que extendieron sagaces los romanos su autoridad y su influencia por estas comarcas, y que en realidad, como sospecharon ya el P. la Canal, Cean Bermúdez y Sabau,—Castro-Urdiales fué un tiempo, aún no exactamente con el emplazamiento mismo de la villa, la Colonia que quiso llamarse Flaviobriga, y cuyos vicos ó arrabales hubieron de dilatarse á raíz del agua hasta el peñón característico y eminente, donde levantaron entonces, y fueron luego en varias épocas reconstruídos, el templo y el castillo; aquél, amparado y defendido por la fortaleza de los dobles muros y las cavas que hubieron de circundar el propugnáculo, y éste por lo imponente de la fortificación misma que le dió la naturaleza ayudada del arte, no siendo por tanto de maravillar que, alcanzando estos beneficios á la que un tiempo fué cabeza de la *Hermandad* de las villas del Cantábrico, inspirase Castro á sus habitantes este mote significativo, que recuerdan los escritores montañeses:

«Con las peñas que tenemos
Por fundamento en la tierra,
Daremos al mundo guerra» (1).

(1) ASSAS, monograf. cit., pág. 258 del t. I del *Museo Esp. de Antigüedades*.



CAPÍTULO XVII

La romería del Carmen en Bóo. — Renedo. — Castañeda y su Colegiata. — El Valle de Toranzo: — Puente-Viesgo. — Soto: su convento de Franciscanos. — Ontaneda y Alceda. — Bejoris. — Villa-Carriedo: sus monumentos. — Selaya. — Valle de Pas.

DOMINGO era por cierto, el día en el cual, y después de recorrer la villa y hacer votos fervientes por su engrandecimiento, y por que llegue á ver realizada la generosa y nobilísima empresa de la restauración de su magnífica *Iglesia Parroquial*, — tomando en Castro-Urdiales el coche que hace el servicio diario entre Bilbao y San-

tander, volvíamos á contemplar no sin regocijo de nuevo aquella serie inacabable de pintorescos panoramas, llenos de atractivos, con que brinda á los ojos asombrados la hermosa y cuidada carretera de segundo orden que nacida en Muriedas, la patria de Pedro de Velarde, halla término en Ontón, luego de llevar más de setenta y siete kilómetros de camino. Así tornamos á distinguir los descompuestos y tapizados muros de la fortaleza llamada impropriamente *Torre de los Templarios*; así cruzamos Cerdigo é Islares, y así llegamos á salvar el ancho portillo por donde el Agüera se arroja al Océano en la ría de Oriñón, subiendo después por la vertiente oriental del monte Candina. Grupos de aldeanos, vestidos de fiesta, circulaban por la carretera, y animada se ofrecía ésta por el ir y venir de carros, y por las cuadrillas de mujeres, de agraciado rostro y gentil continente que, al abrirse á nuestras miradas el valle de Liendo, menudeaban y se hacían cada vez más frecuentes.

Laredo, Colindres, la barca de Treto, Adal, Bárcena de Cicero, Gama, Ambrosero, atrás quedaron, como quedaron Hoznayo, y Solares, y el Astillero de Guarnizo; la tarde caía ya, cuando llegábamos á Bóo, notando allí desusado movimiento, que iba aumentándose conforme avanzábamos á la estación del ferrocarril, acompañándonos, al correr de los caballos, otros muchos carruajes, y no pocos velocipedistas, quienes daban sobre sus bicicletas muestras de habilidad, mezclándose con los vehículos, y como burlándose de ellos al adelantarlos en su carrera. Poco antes de cruzar la vía férrea, en la menguada plazoleta que á la izquierda aparece encajonada irregularmente entre no más regulares edificios,—la multitud abigarrada zumbaba y se rebullía como una colmena, entre músicas extrañas, gritos y barullo, expresión natural de la alegría. Habíase celebrado la famosa *romería del Carmen*, y siguiendo tradicional y no interrumpida costumbre, en el tren mixto, que pasa por Bóo á las 8 y 26 minutos de la mañana, «gente de todos pelajes», como dice Pereda, había acudido desde Santander para dirigirse luego

á Revilla de Camargo, sitio de la popular *romería*, esperando allí la llegada del tren que debía conducirla á Santander de nuevo.

«La Montaña tiene casi tantas romerías como festividades, — expresa su enamorado encomiador é hijo; — el sitio más malo donde se celebra la más insignificante de las primeras, es mucho más pintoresco y más cómodo que el de la del Carmen de Revilla de Camargo, y, no obstante, ninguna se ha captado tanta popularidad ni tantas simpatías en toda la provincia»..., siendo años hace «el punto de mira de todos los hijos» de Santander, pues «los que viajaban por placer ó por negocios... hasta los marinos, arreglaban sus expediciones de manera que éstas pudiesen emprenderse después del Carmen ó terminarse antes del Carmen: lo principal era encontrarse en la capital en el famoso día» (1). Desde Peña-Castillo, y cuando aún «la rectificación de la carretera de Burgos por Muriedas» no había acertado el camino, llegábase á «la famosa taberna de Gómez», luego á la Venta de Cacicedo, sobre una de cuyas verdes eminencias, resto de antiguo solar, levantaba sus amarillentos muros la *Torre de Cacicedo*, de que ya no queda memoria, y que á pesar de su «fuerte corona de almenas»

«Jamás cerró con rastrillos
sus umbrales indefensos,
ni con cenagosas ondas
anchos fosos la ciñeron;
»Nunca dió clamor de guerra
voz á sus dormidos ecos,
ni sus ámbitos temblaron
con los marciales aprestos,
»Ni blasón de altas hazañas,
ó de victorias trofeo,
su nombre en doradas hojas
guardan anales sangrientos».

(1) PEREDA, *Tipos y paisajes: La romería del Carmen*.

«La mano avara del hombre» apresuró su ruina, cuando era ya lo único que quedaba del antiguo palacio, y ahora,

«triste, despoblado yermo,
desnuda de su corona»

muestra su frente la colina que le sirvió de asiento, y al lado de la cual discurrieron tantas veces los alegres romeros sin percartarse para nada de aquella mole desaparecida y llorada por el ilustrador de estas *Costas y Montañas* (1). De la Venta de Cacicedo llegábase por último á Revilla de Camargo, célebre además por su *Gruta*, que estudió Sautuola, y de la cual hemos dado noticia ya en este libro (2); si quieres, lector, formar juicio de lo que es esta romería, abre cualquiera de los libros de Pereda, y allí la encontrarás descripta, y bien que ha variado algún tanto, según aseguran, con el transcurso de los tiempos,—de ella, dirigiéndose á sus lectores decía el insigne montañés citado: «Imagínense ustedes todos los colores conocidos en la química; y todos los instrumentos músicos portátiles asequibles á toda clase de *aficionados* y *ciegos de profesión*; y todos los sonidos que pueden aturdir al humano oído; y todos los olores de *figón* que pueden aspirarse sin llorar... y llorando; y todos los brincos y contracciones de que es susceptible la musculatura del hombre; y todos los caracteres que caben en una *chispa*; y todas las chispas que caben en una agrupación de *quince mil personas* de ambos sexos y de todas edades y condiciones, de quince mil personas entregadas á una alegría frenética, y dispuestas á gozar con toda libertad, según el carácter y el temperamento de cada una de ellas; imagínense ustedes estas pequeñeces, más algunos centenares de escuálidas caballerías, de parejas de bueyes, de carros del país y coches de varias formas; imagínense, repito,

(1) ESCALANTE, *La torre de Cacicedo, cerca de Santander*, sentido romance inserto en el t. de 1857 del *Semanario Pint. Esp.* (pág. 222 á 224) y dedicado al Sr. D. Manuel de Assas.

(2) Páginas 93 y 94.

todo esto, revuélvanlo á su antojo, bátanlo, agítienlo y sacúdanlo á placer, viertan enseguida á la volea el potaje que resulte sobre una pradera extensísima interrumpida á trechos por peñascos y bardales, y tendrán una ligera idea de la romería del Carmen en la época á que me refiero» (1).

Romeros y romeras, unos y otras llevando pendientes del cuello sendos escapularios; enarbolando ramas de cajigas; con pañuelos llenos de *perdones* y de cuantas chucherías ofrecen los puestos de la fiesta; alegres con el vino, con el movimiento, con la agitación del día entero, y más que todo con la exuberancia de vida que es propia de la juventud,—invadían en compacta y rebullente masa el andén de la mísera estación, entonando al propio tiempo cantares diferentes y monotonos, con la especial canturía acompasada de que tanto gustan los montañeses, y que repetían en coro los circunstantes. Poco tardó en llegar el tren, resbalando con estridente rumor sobre la vía, y poco también aquella multitud inquieta y regocijada en instalarse en los vagones, y en entonar de nuevo el coro de sus cánticos, al arrancar despaciosamente la locomotora; las seis y pocos minutos más eran, cuando á su vez se detuvo allí el tren mixto que aguardábamos en el ya solitario andén, y que momentos después nos dejaba en la estación de Renedo, pequeño lugar del ayuntamiento de Piélagos, con sus cuatro barrios de Rucabado, el Campo, Surribero y las Cuartas, y su iglesia parroquial de Santa María. Noche hicimos allí, y á la mañana siguiente, en una de aquellas *cestas* que corren el camino al balneario de Puente-Viesgo y á los de Ontaneda y Alceda en el hermoso valle de Toranzo, emprendimos nuestra excursión, si no con todas las comodidades apetecibles, pues el coche estaba desvencijado y sucio, lo mejor posible á lo menos.

Tres kilómetros de camino llano y de nada notables accidentes, dista de allí el pueblo de Carandía; y cruzado el puente

(1) PEREDA, loco cit.

colgante de hierro, que con este nombre se tiende sobre el pedregoso lecho del Pas, y cuenta con un solo tramo de 63'25 de luz,—torcimos hacia el NO., penetrando á poco en el valle de Castañeda, de muy agradable perspectiva, y compuesto de las antiguas *cuadrillas*, hoy pueblos, de Cueva, Pumaluego, Villabáñez y Socobio. Levántase al Mediodía la elevada *Sierra del Caballar* cerrando el valle, y al Norte, con mayores relieves y más imponente aspecto, aparece la de *Carceña*, corriendo entre ambas por medio de la vega, y de E. á O. el humilde río Pisueña, á la entrada de cuyo puente, y oculta bajo las frondosas ramas de un árbol, apenas, lector, si te será posible distinguir la—*Cruz del humilladero*, allí plantada, y que habrá de excitar tu curiosidad desde luego, por ser demostración y prueba de la vitalidad lograda por la tradición en la Montaña. Sobre trapezoidal y prolongado basamento, írguese con efecto el sacrosanto emblema, de tosca hechura y brazos rectos y resistentes: pendiente de ellos, y con no menor rudeza labrada, se halla la imagen del Salvador del mundo, con tal expresión y tal acento que, prescindiendo de algunos detalles,—te juzgarás, lector, en presencia de estimable monumento escultórico, propio de aquellos días del xi.º siglo, en que Fernando I *el Magno* y su esposa doña Sancha, ofrendaban en la Colegiata de San Isidoro de León hermoso ebúrneo crucifijo, que hoy admiran los entendidos entre las colecciones del *Museo Arqueológico Nacional*, donde como joya se ostenta.

Ciñe las sienes del sagrado simulacro la corona de espinas; tiene la cabeza caída sobre el pecho, y la barba, tan ingenuamente señalada, que recuerda las esculturas de tales tiempos, como las recuerda el desnudo torso, en el cual, con ingenuidad no menor se marcan, fuera de su sitio, las costillas pronunciadamente; tosco cendal cubre la cintura, y prominentes y descompuestas, pero ya no en la forma consagrada por la tradición románica, las piernas encogidas se prolongan hasta la base de la cruz, donde los anchos pies se hallan sujetos, uno encima de

otro, por resaltado clavo. La ilusión es grande con verdad; pero el Crucifijo es moderno, si bien, cual comprenderás, lector, careciendo de fisonomía propia, no es dable señalar la época aproximada en que pudo ser labrado. Mayores indicios guardan para tal fin, los relieves de la base trapezoidal, donde, á los pies del madero,—contrahecha, con amplio manto que le recoge, aparece la figura de la Soledad, cruzadas las manos sobre el pecho, y sobre la túnica pendiente el rosario; en zona inferior é inmediata, otra figura, en traje de religioso, cubierta por un bonete la cabeza y manteniendo la cruz con la mano derecha, asoma medio cuerpo sobre la especie de brocal en que termina, y con la mano izquierda, ase una cuerda, cuyo funicular filamento se hace patente, y á la cual se amparan las ánimas benditas que entre llamaradas aparecen y llenan el resto del basamento.

Obra debe de ser esta cruz terminal acaso de la XVII.^a centuria, y fruto del pobre cincel de algún artista desventurado y de poco fuste, quien no sabría quizás hacer otra cosa, si no es que se propuso á fuerza de paciencia reproducir con la mayor fidelidad posible, bien que no sin correcciones y enmiendas, las representaciones que ostentaba entalladas la Cruz que anteriormente existió en aquel mismo paraje, y fué, quién sabe por qué



CRUZ TERMINAL Ó HUMILLADERO
DE CASTAÑEDA

causas y en qué ocasión, destruída; y á la verdad, que si tal se estima su intento, hay que confesar que lo cumplió á conciencia, pues en la disposición en que se muestra aquel religioso monumento, recuerda perfectamente la candorosa ingenuidad de la era románica en su mayor parte. Lindando con la orilla del rumoroso río, y en la vertiente occidental de la Sierra de Carceña mencionada, que sale desde Ríoperojal, encuéntrase tendido el pequeño pueblo de Socobio, á la izquierda del camino, y oculto por la vigorosa vegetación, que hermosea el paisaje; y no lejos del extremo denominado *Cueto*, levántase, ya hartamente deformado, y como abrumado bajo la pesadumbre de los siglos, interesante monumento arquitectónico, allí escondido á las miradas del curioso, y el primero de su género y condición con que tropezamos en la Montaña.

Estrecha senda pedregosa de desiguales *morrillos*, cerrada á la una y otra parte de espeso bardal florido de espinos y de árgomas, trepando irregularmente por la ladera, conduce en varios giros á la plazoleta, plantada de cajibas, cuyo centro ocupa la fábrica de aquella reliquia artística, y desde donde, como en tantos otros lugares de la provincia, entre las ramas del cajigal, las «cercas de seto vivo,» y las «redes de camberones,»—se distingue «en primer término, una extensa vega de praderas y maizales, surcada de regatos y senderos, aquéllos arrastrándose escondidos por las húmedas hondonadas; éstos buscando siempre lo firme en los secos altozanos.» «Por límite de la vega, de Este á Oeste, una ancha zona de oteros y sierras calvas; más allá, altos y silvosos montes con grandes manchas verdes, y sombrías barrancas; después montañas azuladas; y todavía más lejos, y allá arriba, picos y dientes plumizos recortando el fondo diáfano del horizonte» (1). Solitaria en medio de cajigales y cas-

(1) Tan notable resulta la semejanza del paisaje descrito por Pereda en el capítulo I de su hermosa novela *El sabor de la Tierruca*, con el que se descubre desde la plazoleta donde alza sus ennegrecidos muros la *Colegiata de Castañeda*, que no hemos vacilado en reproducir las palabras del insigne novelador montañés, las cuales pintan con la apetecida exactitud el panorama.

taños, «como una oración en medio de las penas de la vida», ofrecíase la iglesia, pues iglesia era el edificio, y colegial un tiempo, y consagrada bajo la advocación de *Santa Cruz*; «frente á la puerta, había una pequeña escampada, desierta de árboles, pero alfombrada de tupido césped: limpia y fresca como el alma que ha descargado el peso de sus culpas.» «Los rayos de sol, oblicuos y tibios todavía, se cernían por entre las hojas de las cajibas, y pintaban el suelo con una especie de arabescos grises, cuya tonalidad parecía.... invitación al descanso» (1).

Mientras complaciente buscaba una mujer á la del sacristán, para que abriese el templo,—darnos cuenta de él procurábamos delante de su imafrente adulterada y trastrocada de tal suerte, que no se hace fácil comprender del todo la serie de obras ejecutadas allí rústicamente en aquel edificio, cuya fisonomía aparece desdibujada y como borrosa, y cuya conservación debieran procurar con mayor empeño los montañeses. En el eje longitudinal de la fábrica, ábrese en medio de excrecencias de miserable aspecto la puerta principal, toda ella deformada y descompuesta, pero guardando á pesar de tales desventuras, inalterable el sello de la edad y del arte de que es representante y fruto; de arco de medio punto, la archivolta gira con la uniformidad característica de la era románica en varios volteles concéntricos y abocelados que apoyan á cada lado sobre cuatro acodilladas columnas de fuste corto y capitel decorado de salientes vichas y sumóscapo de hojas, gastados unos y otros exornos por el lapso del tiempo y por el uso, mientras en la imposta resaltan como adorno típico labradas conchas. Á la derecha se halla la pila de agua bendita, con la cruz de Santiago de relieve, y á la izquierda, ocultando parte de la decoración, una tabla pin-

(1) Aseméjase también y muy estrechamente, la disposición de las iglesias de la Montaña, coincidiendo por tanto con esta de Castañeda la de la que describe por su parte D. Demetrio Duque y Merino en el cuadro de costumbres *Una romería* que obtuvo el premio en los *Juegos Florales*, celebrados en Santander el año de 1888.

tada de negro, dice en letras amarillas: *Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo. || Amo á Dios Padre, amo á Dios Hijo, amo á Dios Espíritu Santo. || Espero en Dios Padre, espero en Dios hijo, espero en Dios Espíritu Santo. || Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal; libranos Señor de todo mal.*

Dos arcos gemelos, apuntados ya y compuestos por un baquetón y su correspondiente moldura,—hacen patente á la izquierda obras posteriores á la de la imafrente, las cuales desfiguran la planta del primitivo edificio sin duda; apóyanse dichos arcos en sendas columnas, cuyos capiteles proclaman en su figura y acento la era ojival del siglo XIV, y cuyas volutas, salientes, se hallan formadas de hojas características, sustentadas por un vástago que se ata en el centro de las caras principales, ostentando el conjunto de este cuerpo ó agregado, maltratado y denegrido, las señas todas de vetustez que tanto impresionan aun á aquellos que se confiesan ajenos á este linaje de estudios arqueológicos. Semicirculares son los tres ábsides, que aparecen en pos de un cuerpo saliente de moderna estructura y que ha alterado también por su parte la planta del templo de la *Santa Cruz*; semicirculares y peregrinos, de grande interés por la decoración que los enriquece, resplandece en ellos con todas sus galas el estilo románico, y no bizantino, como algunos erróneamente han supuesto,—así en las impostas de ajedrezada labor, como en los ventanales, estrechos y de arco redondo, en las columnas y en los capiteles; y en los pronunciados canecillos, donde con la expresión propia de la época á la cual semejante orden de exornos corresponde, surgen representaciones de animales, hojas, vichas, y otros varios elementos decorativos, puestos á contribución con tanta frecuencia por los entalladores del siglo XII, á cuya centuria pertenece con efecto,—bien que quizás ya en sus postrimerías,—el monumento primitivo y tan sensible en su exterior desfigurado, sobre el cual se alza «la cuadrada torre del crucero, aligerada con impostas, capiteles ricos en las

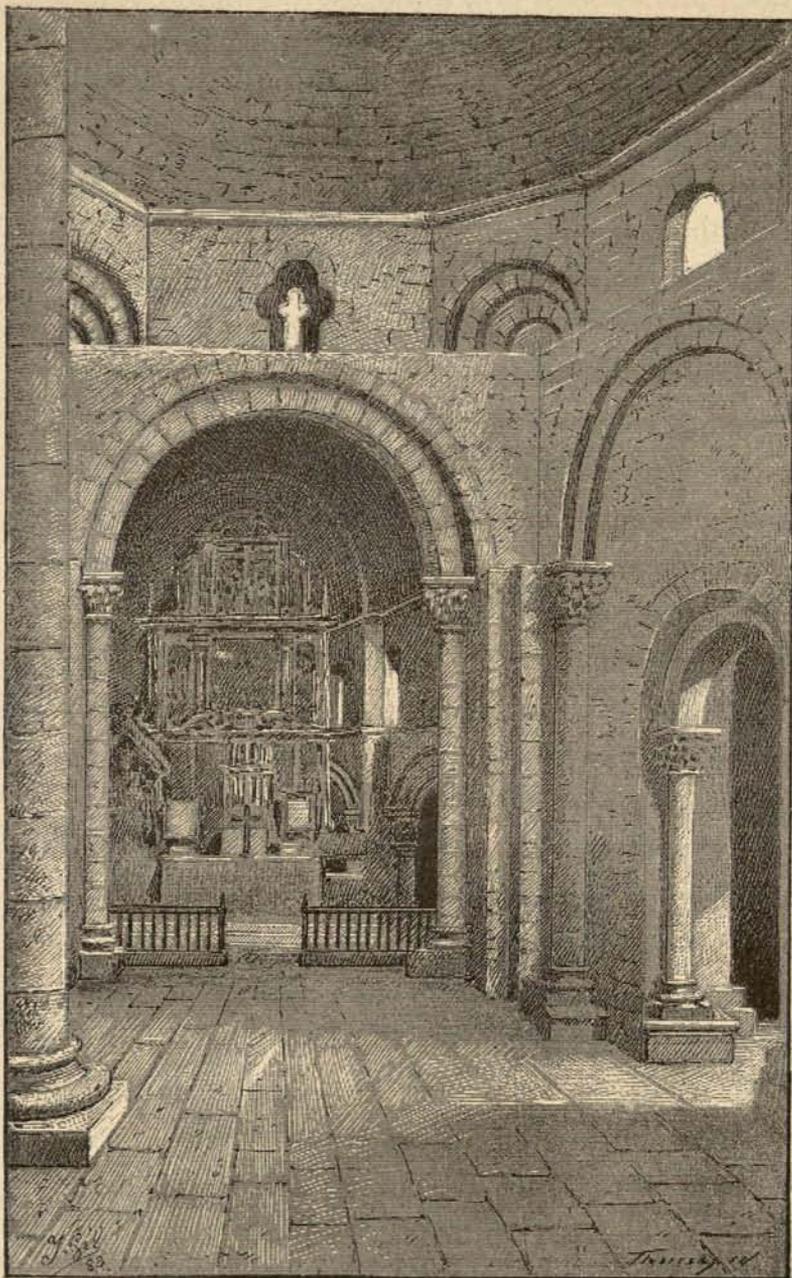
ventanas y canes de variado dibujo», dando «elegante aspecto al edificio» (1).

Abierta y franqueada la principal entrada, al paso te salen, lector, en aquel recinto que sólo reposo y conmovedora quietud respira, dos pilas para el agua bendita, ambas pequeñas y de hechura de cuenco, con una cruz incisa la del un lado, estrellas de relieve y dos caras toscamente labradas en la parte inferior, y agallonada la del otro lado, muy gastada ya, con la cruz de Santiago y apariencias de corresponder á la XIII.^a centuria; después, á la vaga luz que incierta y como indecisa penetra por los estrechos ventanales, alumbrando sombríamente el sagrado recinto, advertirás «pobreza como afuera»; y prescindiendo del «mal gusto propio de la rustiquez de estas gentes»,—como dicen los escritores de la Montaña,—de «la Virgen con bata, lazos y papalina», de «un Santo Cristo... con zaragüelles», de «los soldados de la Pasión con botas y gregüescos», y de otras varias cosas que, cual genéricas en las humildes iglesias de la provincia, mencionan los autores en ella nacidos (2), y que no tendrás siquiera tiempo de reparar si en esta *Colegiata de Castañeda* existen,—tu atención entera será desde un principio cautivada por los caracteres arquitectónicos que irás notando á compás que tus ojos, llenos de la luz del sol que al aire libre derrama sus rayos de oro, se vayan acostumbrando á la misteriosa penumbra que allí reina. Descubrirás de un solo golpe de vista la iglesia toda ella, en su primitiva planta de cruz latina, como las de su tiempo, con una sola nave de mediana longitud, desornada pero interesante, dividida en tres diferentes tramos de igual anchura, y tan distinta de los demás templos visitados hasta aquí, y reputados cual románicos en Santander, en Santoña y en Laredo, que experimentarás espontáneo regocijo al encontrarte

(1) ESCALANTE (D. AGABIO), *El Espolique artista*, en el álbum *De Cantabria*, pág. 102.

(2) PEREDA, *El sabor de la Tierruca*, cap. I.

delante de aquel monumento, que no es por ventura el único



CASTAÑEDA.—INTERIOR DE LA COLEGIATA

establecido el coro, «un coro postizo, labrado á hachazos» según

de los que dejaron para memoria suya los constructores del siglo XII.^o, pero que reputado como «obra románica de lo más acabado y exquisito», tiene sobre todos «el privilegio de conservar entera, sin adherencias nuevas, porción considerable de la fábrica primera» (1).

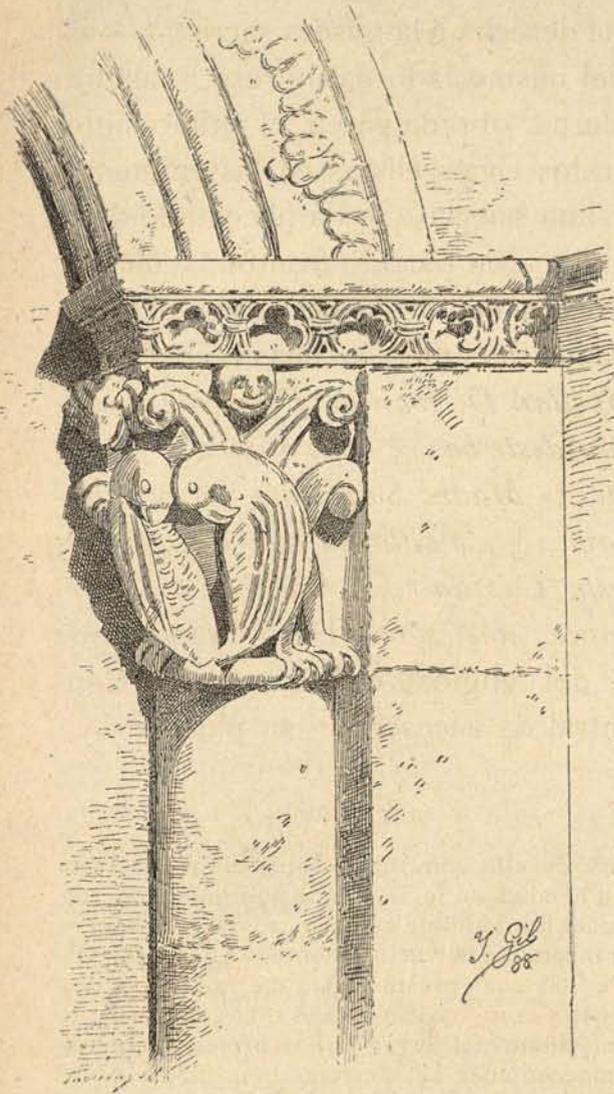
Mayor el tramo de los pies del templo, hállase en él

(1) ESCALANTE (D. Agabio), loco citato.

lo son la mayoría de los coros en las iglesias de la Montaña, con «una mala escalera para subir á él», mientras de menor longitud el segundo, fué labrado para crucero, y excita en gran manera el interés, así en su conjunto como en sus detalles, sobre todo, cuando viene acostumbrado el ánimo á edificios de vulgar estructura, ó á las gallardías ojivales, en que no se muestra parca la provincia, principalmente en las poblaciones de la costa, que obtuvieron inusitado prestigio y singular desarrollo durante los tiempos medios, y contaron con recursos propios para engrandecerse. De planta cuadrada, este segundo tramo se muestra en primer término circunscripto por dos grandes arcos torales desornados, de mucha luz, casi escarzanos, pero en realidad de medio punto, los cuales estriban sobre altas y resistentes columnas adosadas, con capiteles de vichas características, y basas compuestas de su correspondiente plinto, sobre el cual descansa el toro, ancha escocia y por último el saliente anillo; inscriptos en otros dos arcos de igual condición y naturaleza, perfora cada uno de los muros laterales otro de mucho menor cuerda, pero por igual arte dispuesto, cuyas columnas plantan en rectangulares zócalos, elevándose después sobre el paramento de los muros y por medio de pechinas ó alhorarias, formadas por tres arcos redondos y concéntricos, pero en distintos planos, la bóveda central que es esférica y de cascarón, y en la cual se abren las lucernas, en forma de cruz de cabos redondos las de la parte transversal, y sencillas y de arco redondo las laterales.

El ábside central constituye el tercer tramo, á que da paso el arco de triunfo, y de planta semicircular, hállase en sus dos alturas recorrido por ajedrezada imposta, resaltando á la una y la otra parte, en el cuerpo ó zona inferior, dos arcadas gemelas de listeles, con periferia de pronunciadas palmetas, grandes capiteles románicos, historiados los unos, otros de pencas retorcidas y abundantes, otros de leones, y otros de aves, asidas al collarín con las garras, en actitud de espulgarse, y cuyas cabezas se juntan por bajo de las volutas, haciendo en cada fuste una cara

de resalto el oficio de cartela, al paso que la imposta, á manera de cimáceo descansa sobre el capitel, formada por característica



CASTAÑEDA.—DETALLE DE LA COLEGIATA

labor de conchas de conocida filiación románica, siendo cortos, pero gruesos los fustes por los que aparecen apeadas las arcadas. Medio ocultas por el retablo, que no es de malas líneas, aun siendo fruto de la XVII.^a centuria,—descúbrese otras arcaturas en las cuales resplandecen las mismas condiciones señaladas en las anteriores, siendo de observar, no obstante, que la archivolta en ellas es ya apuntada, circunstancia que obliga á confesar que esta iglesia, como casi todas las del país, fué erigida « á retazos y por obra de misericordia », y que comenzada á labrar á fines del siglo XII, no hubo de ser terminada sino en el siglo XIII, bien que atemperándose con todo

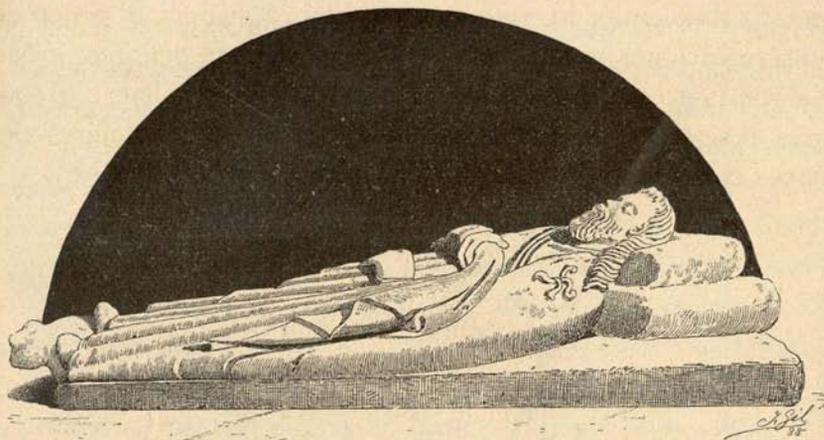
escrúpulo los constructores á las tradiciones románicas, á despecho de los cuales la nueva influencia reformadora hubo indefectiblemente de dejarse sentir en ellos, de suerte que apareciendo el ábside al exterior, obra legítima románica, y siendo románicos los elementos todos que al interior se advierte, con

ellos y á pesar de ellos, se impuso el nuevo estilo, que debía de gozar de gran preponderancia ya en otras regiones españolas (1).

Así como una de las arcadas del lado de la Epístola da paso desde la *Capilla Mayor* por la derecha á la mísera sacristía,—así en el tramo central el arco del mismo lado da ingreso á cuadrada capilla, de estructura moderna, obrada ya en el último siglo. Tiene la bóveda pintada, con los Evangelistas en las enjutas; y tapiada y sin uso, al parecer, una puerta que da al costado de la fábrica, y es de gusto conocido, con partido frontón, y una lápida de singular ortografía en cada una de las vertientes del mismo, declarando ambas en letra incisa embebida, unas veces capital y otra minúscula que: *El Capellan D. Ivan de Fromen || ta Cevallos i Billegas || hijo legitimo deste ba... || ...lle á onra y gloria de Dio... || ...s Nro. Señor, de sv Madre Santissima || y su milagrosa Y... || ...magen del rosari... || ...o sitta en esta Co... || ...legiata, hizo fa... || ...bricar esta Capilla || sv retablo y ca... || ...marin á su costa || y de limosna, año 1706.* Desfigurando por completo la primitiva planta del religioso edificio, el arco frontero en el citado cuerpo central da acceso por su parte no ya

(1) Refiriéndose á esta iglesia dice de ella con galano estilo el Sr. Escalante (D. Amós): «Su mérito está para mí en la edad, su interés en la época á que pertenece.» «Levantáronla hombres de caudal limitado, de no primorosas manos, pero empapados en tradiciones puras, arrancando á la vecina montaña el asperón jaldé, blando á la labra, ligero al acarreo, al cual presta el sol meridiano ese rico cálido tinte de oro que baña las almenas y escudos de nuestros solares.» «Su estilo nacía apenas recobrado el universo cristiano del terror de las profecías milenarias: el mundo entraba en su undécimo centenar sin perturbación, sin accidente que á la temerosa expectativa de su fin respondiese...» «Los artífices de Castañeda no dieron campo á su fantasía,—añade;—emplearon su estilo con la austera sencillez de sus elementos primitivos; corrieron sus bóvedas de cañón á lo largo de las naves, las partieron con arcos de medio punto, y sobre los cuatro torales del crucero trazaron un tosco arquitrabe anular, cubriéndole de un cascarón esférico, sirviéndose para pasar de la planta rectangular al círculo, de aquellas bovedillas de arquivoltas salientes, concéntricas y á descubierto, rudimento y generación primera de la elegante pechina de Bizancio; pegaron las columnas á los hastiales, coronaron sus fustes con un esbozo de hojas griegas, y sellaron la obra, bordando su coronamiento exterior con cordón de labrados canecillos, y partiendo la seca alzada del ábside con imposta de escaques, y cintas que rodea y dibuja el marco de sus angostas lucernas» *Costas y Montañas*, págs. 401 y 403).

al brazo del crucero, sino á otra capilla absidal, que da origen á una nave paralela á la primitiva, la cual se dilata hasta medir la longitud total de la iglesia en la imafrente; obscura y falta de luz, hállase en grande abandono, y «á lo largo de sus muros, se dibujan confusamente nichos anónimos, ataúdes gigantes de piedra labrados de misteriosas cifras y señales, digno encierro de heroicos despojos», cuyas «leyendas no son para interpretadas



CASTAÑEDA.—ESTATUA YACENTE DEL ABAD MUNIO, EN LA COLEGIATA

de buenas á primeras» (1), y entre aquellos, en el suelo se mira la tumbada cubierta de un sepulcro, donde en letras alemanas de relieve, ya harto gastadas, se lee:

aqbi : iaze : dona : urraca : descobedo : qbe : finó
 en : el : mes : de agosto : era : mil : e ccc : e xxxx años (1302 de J. C)

En el suelo también, y cubriendo sin duda todavía el lugar donde reposan sus cenizas, — al lado de la pequeña puerta practicada en el muro de la Epístola á los pies de la nave primitiva del templo, hállase otra cubierta de sepultura; en ella, vistiendo

(1) ESCALANTE (D. AGABIO), loco cit.

traje talar que le disputa de varón eclesiástico, y envuelto en los pliegues de amplio manto que recoge y levanta con la mano derecha,—destaca el bulto yacente de un personaje, barbado, de luenga melena que baja á caerle sobre los hombros, y cuya cabeza descansa sobre toscos almohadones, mientras apoya los pies en la deformada figura de un perro, símbolo de la fidelidad, y ostenta sobre el hombro izquierdo el distintivo de la Cinta. Escultura parece por su aspecto casi contemporánea de la Colegiata, si hubiera sido entonces costumbre semejante orden de representaciones sepulcrales; pero en el machón del arco, inciso y algún tanto trabajoso de leer, se muestra en seis líneas irregulares el siguiente epígrafe, haciendo constar en caracteres alemanes como los de la anterior leyenda, que

aqbi : iaze : mbr...
 ...neo : de ales : abb...
 ...at : que : fue : de c...
 ...astañeda : a q" : di(o)s
 perdone : en la : era
 de : mil : e ccc : lxxiiii anos (1331 de J. C.) (1).

(1) ASSAS, que parece ser el autor del artículo *Castañeda* en el *Diccionario geográfico-estadístico-histórico* publicado bajo el nombre de Madoz, tanto en él, como en el artículo consagrado á la misma Colegiata en el *Semanario Pintoresco Español*, tomo de 1857, pág. 137, copia esta inscripción de muy diferente modo que nosotros, diciendo en el primero: *Aquí yace Munio Gonzalo, abad que fué de Castañeda, || (que Dios perdone). || Año de la era de MCCCLXVIII*, y en el segundo: *Aquí yace Munio González, abad que fué de Castañeda, que Dios perdone. Año de la era de MCCCLXVIII*. Por su parte el Sr. Escalante escribe, después de describir el bulto yacente: «¿Quién es? ¿Las letras abiertas en la pared inmediata, se refieren á éste ó á otro muerto?» «Ciega piqueta las tocó en mal hora, y con idea al parecer de ponerlas todas uniformes y simétricas, alteró los caracteres y mató su sentido». «Lo que de la inscripción sobrevive,—añade,—dijo así á mis ojos: AQUI IACE MUNO GONÇALEZ.... DE CASTAÑEDA QUE DIOS PERDONE.—EN LA ERA DE M E CCCLXVIII AÑOS». «Queda sin leer el apellido que sigue al patronímico.—¿Será de Lara?» «Esta casa tuvo señorío de añejo tiempo en estos parajes». «Y otra palabra, que probablemente indica la dignidad del sepultado, y acaso dice: *abad*» (*Costas y Montañas*, pág. 400). Ya decimos en el texto que el epígrafe es trabajoso de leer, no por la vulgar corriente forma de los signos, ni de la «ciega piqueta», de que no hemos hallado señales, sino por la obscuridad que allí reina, y la necesidad de valerse de un cabo de vela que, como de cera, es de luz indecisa y de es-

Frente al sepulcro del Abad Munneo, hácese posterior rectangular agregado por la izquierda del templo, al cual corresponden los dos arcos del siglo XIV mencionados en la imafrente, quedando por tal y allegadizo cuerpo, más desfigurada aún la primitiva planta de la iglesia, la cual hubo de experimentar singulares reformas seguramente en la misma centuria en que rigió la Abadía aquel varón Munneo ó Munio de Alés, cuyos restos mortales yacen allí bajo el húmedo pavimento, así con la prolongación del brazo del crucero, como con la edificación de esta última capilla, severa en su decoración, desornada y triste, bien que más clara que el resto del edificio. Fué éste fundación de «los moradores del valle, según parece probado en un pleito que aquella jurisdicción sostuvo contra el conde de Castañeda», al intentar hacerla aneja y dependiente de la Colegial de Aguilar de Campóo (1), y aunque ya en 1073 aparece en el Libro de

casa intensidad; no es de extrañar por tanto, que Assas entendiera *Gonzalo y González* últimamente, donde dice *de Alés* con claridad; que tanto este escritor como Escalante leyesen *que Dios perdone*, donde dice sincopado *á quien Dios perdone*, que es más gramatical y más propio, y que el primero invirtiese la redacción de la leyenda como lo hace; pero sí que al entendido autor de *Costas y Montañas* se le ocultase la palabra *Abbal*, comenzada en la segunda línea (*Abb*) y terminada en la tercera (*al*), dando origen á los supuestos de que quedara sin leer «el apellido que sigue al patronímico», y de que acaso fuera el de *Lara*, el nombre que dejó de leer el Sr. Escalante. En cierta *Memoria* manuscrita, dirigida desde Santander por el entendido arquitecto D. Antonio de Zabaleta en 16 de Febrero de 1845 á la Comisión Central de Monumentos, y relativa á la *Colegiata de Santillana*, se hace mención de esta de Castañeda, diciendo el Sr. Zabaleta en orden al monumento del Abad y al epígrafe: «Al pie de uno de los pilares hay una estatua de mármol negro (?) como de ocho pies de larga, echada sobre un zócalo como de un pie de alto, con un perro á los pies, y en el mismo pilar hay una inscripción muy destruída que, según pude entender, me parece dice que están allí los restos mortales del Abad Munio Gonzalez que finó en la Era de 1200 y tantos; no pude entender más». (Arch. de la Real Acad. de Bellas Artes de San Fernando, *Santander* leg. n.º 52). Por su parte el Sr. D. Agabio de Escalante, haciendo referencia en el mencionado artículo á las lápidas sepulcrales, de no llana inteligencia, expresa: «la de más apariencia han leído varios eruditos como sigue: *Aquí yace Munio Gonzalez... de Castañeda, que Dios perdone: en la era de 1369*, otros leyeron, después del patronímico, la palabra abad». «No olvidaré,—añade,—los cirios que gastamos mi capellán y yo queriendo leer los demás; gracias que andaban abundantes por los rincones del templo y sin dueño aparente».

(1) ASSAS, art. cit. del *Seman. Pint. Esp.*, tomo de 1857; MADDOZ, *Diccion. geogr.*, t. VI, pág. 81.

Regla de Santillana firmando una escritura como testigo cierto Juan, que se titulaba *Abad de Castañeda* (1), no se remonta á aquel siglo la fábrica actual ni mucho menos, según persuaden sus caracteres arquitectónicos; patronos de ella se decían «los condes de Castañeda, marqueses de Aguilar [de Campóo], de la poderosa casa de los Manriques de Lara» (2), «y en uso de tal posesión, don Juan Fernández Manrique, marqués de Aguilar y conde de Castañeda, embajador de Carlos I en Roma, consiguió del papa Paulo III que se suprimiera la colegial, anejándola el año de 1541, con las de Escalada y San Martín de Elines, á la colegial de Aguilar, villa predilecta del magnate» (3).

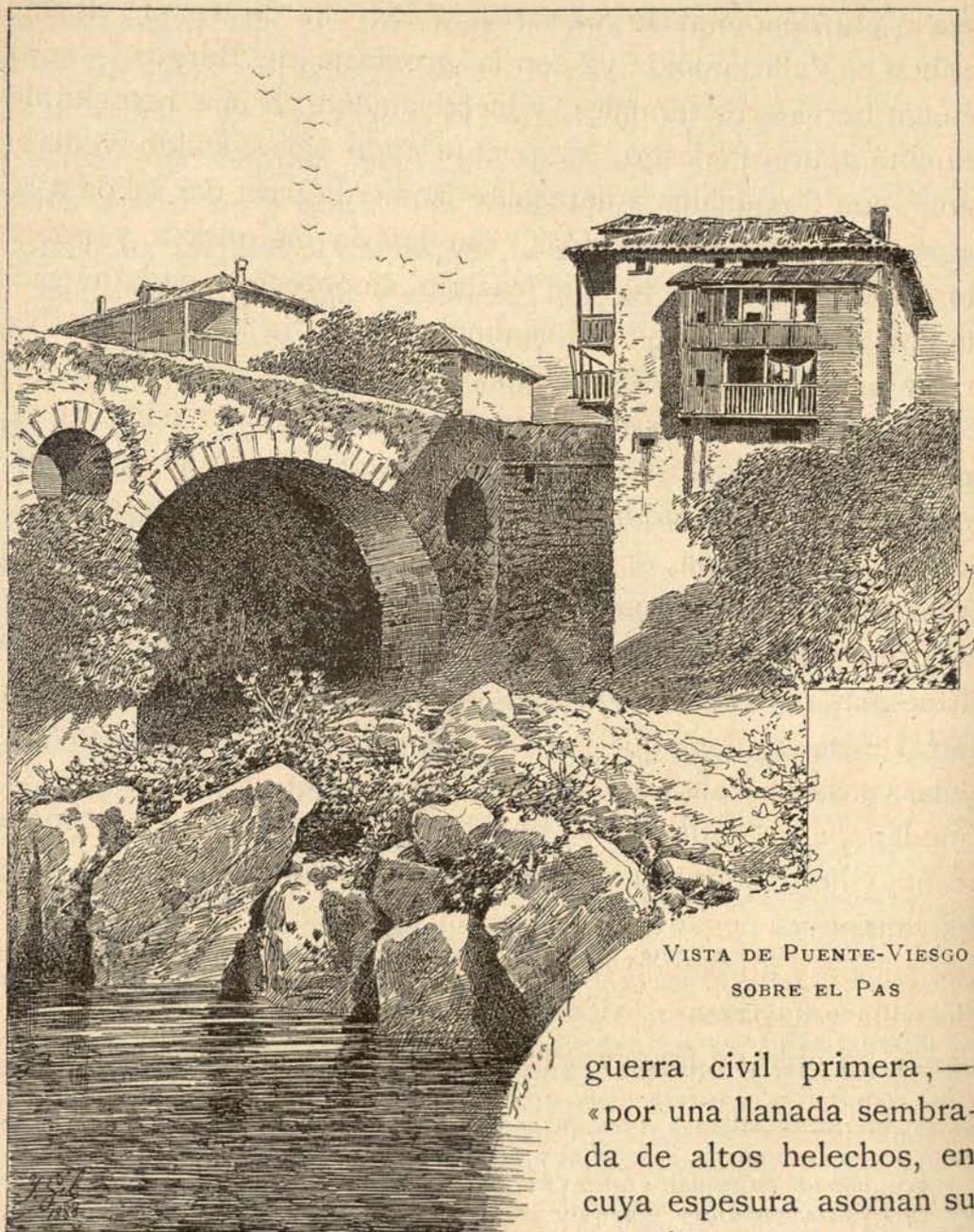
Impresionados con la memoria de aquel sombrío, austero é interesante monumento, perdido en la Montaña como tantos otros que no nos será dado visitar no obtante, y con el cual puede enorgullecerse aquella, á pesar de las adulteraciones experimentadas por él con el transcurso de los tiempos, — tomamos de nuevo la carretera, donde, á la sombra de los copudos árboles, y bajo rústica, humilde y abovedada capilla, abierta y solitaria á orillas de la cuneta del camino, salíanos al paso otra Cruz terminal, más pequeña que la de Castañeda, aunque su semejante, pero ya destrozada é informe, penetrando en el hermoso y pin-

(1) Citada por Escalante (D. Amós) en la nota primera de la pág. 404 de *Costas y Montañas*.

(2) ESCALANTE les llama con el P. Mtro. Flórez *fundadores*, añadiendo: «fundadores de la colegial, que la iglesia existía un siglo acaso antes de que el linaje de Manrique se ilustrara y hacendase en Castilla», pues como expresa por nota, «Manriques y Guzmanes, según los genealogistas, proceden de estirpe implantada en España por aventureros venidos en el siglo XI de allende el Pirineo á guerrear en nuestras comarcas» (pág. 404 de su ya cit. libro). Olvidando que en páginas anteriores estimaba el templo como labrado «cuando el mundo entraba en su undécimo centenar», resulta que aquí le atribuye dubitativamente al siglo X, siendo como es, en su parte primitiva, de fines del siglo XII. Esta Colegiata tuvo un abad y seis canónigos, y aunque en varias ocasiones reclamó contra el conde, al fin «se estableció el sistema que actualmente rige, reducido á cinco beneficiados para toda la jurisdicción, iguales entre sí en cargos y preeminencias y sin superioridad ninguna, y debiendo residir y asistir uno al pueblo de Socobio, otro al de Villabáñez, dos al de Pumaluengo, y el otro al de Cueva» (ASSAS, art. citado).

(3) ESCALANTE (D. Amós), loco laudato, tomándolo de Flórez, *Esp. Sagrada*, t. XXVII, cap. I, en que trata de la Colegiata de Aguilar de Campóo, pág. 2.

toresco Valle de Toranzo desde el empalme de Vargas, — pueblo de recuerdos prósperos para la milicia de Santander en la



VISTA DE PUENTE-VIESGO
SOBRE EL PAS

guerra civil primera, — «por una llanada sembrada de altos helechos, en cuya espesura asoman su tostado cerro numerosas vacas, y suenan sus esquilas al compás lento con que pacen golosas la grama», allí jugosa y abundante; y traspuesta «una primera garganta, cuya formación y naturaleza, así como la de las

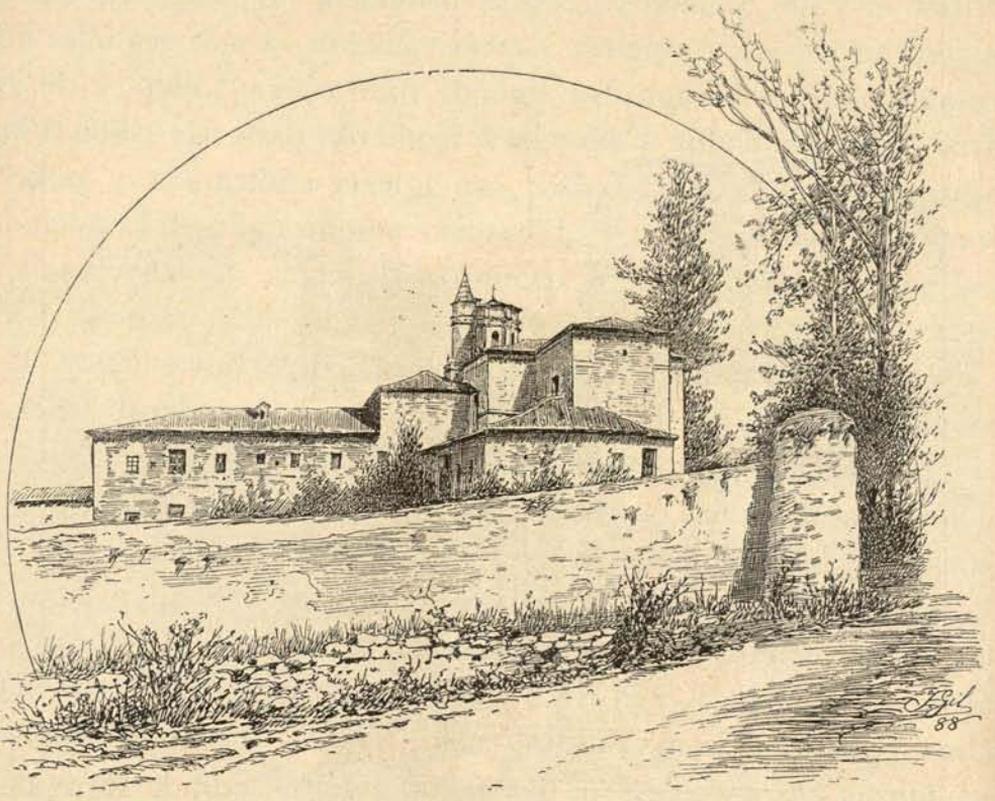
rocas grises que encauzan el río», — el famoso río Pas, que también, según el P. Mtro. Flórez se llamó Renuela (1), como se dijo Rionela y Rionella en escrituras de los siglos XIV y XV, acaso por denominarse *Sierra de Nela* una de las que circunscriben el Valle, y linda ya con la provincia de Burgos, — «prometen hervideros termales; y efectivamente, á una revuelta del camino aparece Viesgo, su puente todo ojos»; sólido y de un arco, con dos óvalos á derecha é izquierda para dar salida á las aguas en tiempo de avenidas, «su iglesia maltratada y pobre, los baños sobre el Pas, y el caserío amontonado en la avenida del puente, ó asomando al camino á beber la constante polvareda que mantienen en alto volando llantas y herraduras» (2).

La carretera, abriéndose paso por entre los edificios del pueblo, y dejando á su izquierda el puente y el moderno balneario, tan incoloro como las medicinales aguas, — «sube siempre faldeando la montaña, opuesto al río, que baja» y se desliza silencioso por su anchuroso cauce, erizado de rocas desgastadas. «Por su ladera el uno, por su pedregal el otro, porfiando á quién hace más recodos ó da más vueltas, se acercan y se separan sin atravesarse nunca». «El río, venido de las nubes para tornar á ellas, pasa la vida mirando al cielo, siendo espejo fiel de sus mudanzas, gozando de la poesía de la creación, y es poeta, canta y llora, consuela sedientos, lava miserias, fecunda arideces; el camino va pegado á la tierra sin erguirse jamás, falto de voz, de acción y abrumado del peso de tanta picardía humana como le trilla y le pasea»... «Comienza á ensanchar el valle; en la otra orilla un nido de nogales encima del lecho de las aguas, es Co-

(1) *España Sagrada*, t. XXIV, pág. 45.

(2) ESCALANTE, *Costas y Montañas*, pág. 412. Las aguas minerales de Puente-Viesgo, nacen al pie del estribo derecho del puente; son clorurado sódicas, bicarbonatadas, cálcico-magnésicas nitrogenadas, incoloras, inodoras y sin sabor apreciable en el momento de la emergencia, y tan templadas, que sólo alcanzan 35° centígrados de temperatura, empleándose en los reumatismos, afecciones nerviosas, desarreglo de las funciones gástricas, infartos crónicos de la matriz, catarros vesicales, y cólicos nefríticos y biliosos.

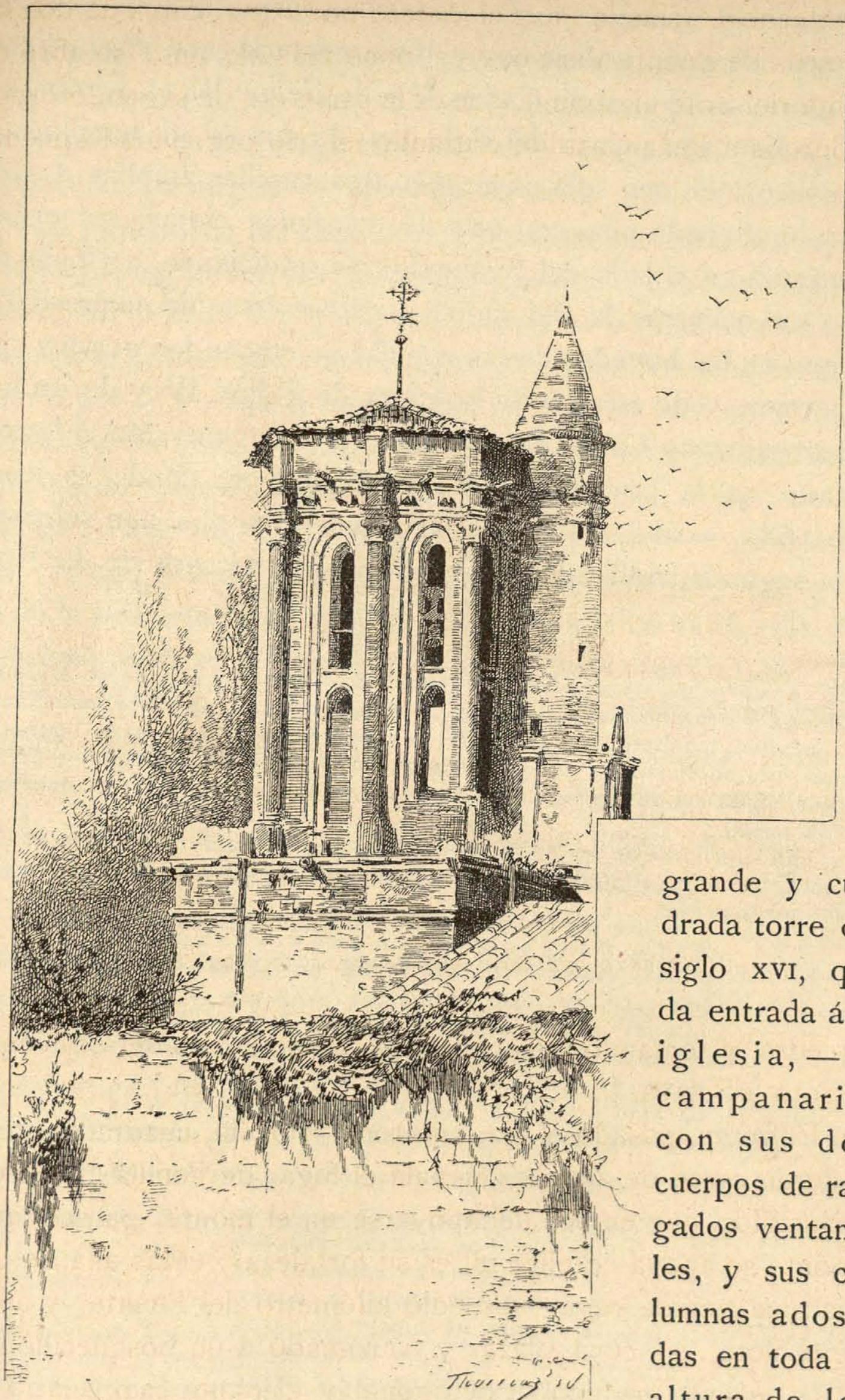
rrobárceno». «Luego pasa el viajero por Aes», cerca de dos kilómetros de Puente-Viesgo, y á poco más de uno, se abre en Puente del Soto el camino, que es la carretera de segundo orden de Burgos á Peña-Castillo, cruzando el río por cuidado puente



CONVENTO DEL SOTO EN EL VALLE DE TORANZO

de piedra, y tomando la carretera de tercer orden del Convento del Soto á Selaya.

«Enfrente, pasado el río, una torre robusta, cuadrada, dentro de un cerco de almenas, señala el lugar de Penilla, torre de los Bustillos, que en vez de apoyarse en el monte, parece que el monte se apoya en ella; tal es su fortaleza». «Más allá, se espacia una tendida vega», á medio kilómetro del Puente, y aparece el Soto, en cuya plaza, y «arrimado á un bosquecillo de alisos», levanta erguido su octogonal y elegante campanario el notable convento de franciscanos de aquel título; plantado sobre



grande y cuadrada torre del siglo XVI, que da entrada á la iglesia, — el campanario, con sus dos cuerpos de rasgados ventanales, y sus columnas adosadas en toda la altura de los ángulos, ofrece

TORRE DEL CONVENTO DEL SOTO EN EL VALLE DE TORANZO

el simpático aspecto de las construcciones ojivales, por más que sea obra de transición, y de la centuria que engrandecen las gloriosas figuras de Carlos V y de Felipe II (1). Dentro del arco, adintelada puerta del siglo xvii da acceso al templo, que es severo y de una sola nave, con tres capillas amplias á cada lado; agallonada pila, con orla de enlazadas cintas, recuerda á la entrada en el lado del Evangelio las tradiciones artísticas del siglo xv, mientras la del lado opuesto carece de expresión, y aunque en las bóvedas de las capillas se cruzan los nervios que las forman, todo ello revela la época de Felipe IV y de su hijo el desventurado Carlos II, acreditándolo así, no sólo el letrero pintado en la bóveda de la capilla mayor, donde se lee— AÑO 1687,—sino las memorias sepulcrales que aún subsisten en la segunda capilla del Evangelio y en la tercera de la Epístola (2).

(1) «La graciosa torre del convento del Soto,—dice bajo el mote de *Arremiendos* D. Agabio de Escalante,—llamará la atención del artista y aficionado por su traza original, tan distinta de la general dominante en este país.» «Las ligeras columnas que en el cuerpo superior, flanquean los lados, su planta poligonal, recuerdan obras del renacimiento, tan escasas en la Montaña» (Art. cit. del álbum *De Cantabria*).

(2) En la primera de las indicadas capillas, y en el fondo del arco sepulcral, que es de frontón partido,—declara con efecto una lápida en ocho líneas de caracteres latinos incisos:

ESTA CAPILLA FVNDARON EL BENE...
 ...RABLE SEÑOR DLO DON LOPE DE BVSTAMANTE
 BVSTILLO Y DOÑA CHRISTINA RAMIRES MEDINI...
 ...LLA SV MVGER DEJARON POR SV PRIMER PATR...
 5 ...ON DE ELLA A DON P^o DE BVSTAMANTE BVSTILLO SV
 SOBRINO DOTARONLA EN 60 DVCADOS CA
 DA AÑO A HORA Y GLORIA DE DIOS Y DE SV MA...
 8 ...DRE SANTISIMA ACABOSE AÑO DE 1634

La lápida de la otra capilla, dice en nueve líneas de iguales condiciones:

ESTA CAPILLA MANDARON HAZ...
 ...ER DON P^o DE QVEVEDO ZEBALLOS
 Y DOÑA JOPHA DE ZEBALLOS COS
 Y COSIO SV MVGER A HONRA
 5 Y GLORIA DE DIOS Y DEL APOS
 ...TOL SÁ P.^o Y LA DOTARON EN
 40 DVCADOS CADA AÑO Y ENTRE...
 ...GARON EN ZENSOS LA CANTIDAD
 AÑO DE 1682

«Una inscripción,— dice el autor de *Costas y Montañas*,— había en el convento, según autor del siglo pasado (1), que refería cómo en días de don Alfonso el Católico (739-757), yerno y sucesor del gran Pelayo, tras el breve reinado de Favila, una imagen de la Virgen se apareció en estos sitios á Ovechío ú Oveco, capitán de los cántabros, el cual, en memoria del suceso, fundó un hospital en los mismos lugares;» pero nada de esto queda, como nada hay que pueda autorizar la piadosa tradición; en cambio consta que «en el siglo xvi, la orden dominica, tomando por su cuenta el abandonado territorio de la montaña, intentó varias fundaciones, y una de ellas en este ya santificado sitio, según refiere su historiador F. Juan López, obispo de Mópoli (2); mas no llegó por entonces á realizarse el pensamiento». «Luego se establecieron los franciscos con devoción general de la comarca, que aún acude á celebrar en la iglesia y su espacioso atrio el célebre jubileo anual de la Porciúncula» (3).

La tarde caía ya, apacible, y en la imposibilidad de seguir adelante,—deshaciendo parte del camino, tornábamos de nuevo á cruzar el rumoroso Pas por el puente del Soto, y continuando por la carretera de Burgos, para pasar la noche en Ontaneda, desfilaron delante de nosotros Corvera, donde según el libro de las Behetrías «estaba el cillero del Rey, esto es, la casa ó aposento en que se recogía y guardaba la cilla, tributo diezmal que pagaban en grano los pueblos»; Cillero y Prases, barriadas «señaladas por dos santuarios»; Borleña, cuyas «lustrosas *paseras* brindaban en otro tiempo á cruzar el río, y descansar á la sombra de un fresco alisal que el Pas ha devorado;» Villegar, que, semejante á «un atezado hijo del Mediodía, se recuesta al sol, despojado de árboles, rico de praderas y maíces, que extiende

(1) «DUQUE, *España restaurada*.—Obra citada en la *Historia de la Bien Aparecida*» (Nota del Sr. Escalante).

(2) «*Historia general de la orden de Santo Domingo*, 4.^a parte, lib. III, cap. 55». (Nota del Sr. Escalante).

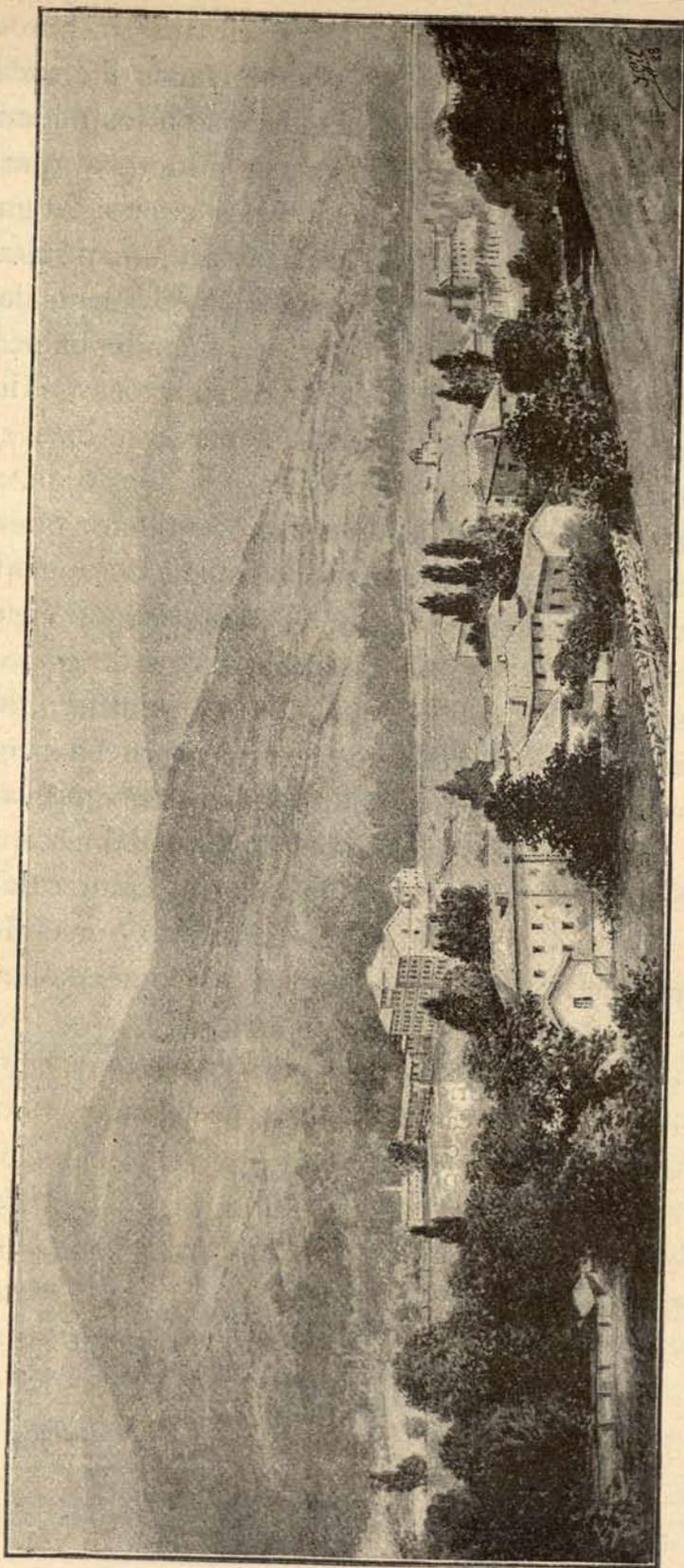
(3) ESCALANTE, *Costas y Montañas*, pág. 421 y 422.

y encumbra hasta el monte, como un mercader oriental, que hace muestra ostentosa de sus matizadas alfombras y perfumadas telas;» San Vicente, «lugar más considerable, dominado por la torre polígona de su iglesia, alegrado por blancas quintas con ventanaje verde, verjas y jardines,» y por último Ontaneda, «donde vuelven á acercarse las cordilleras, anunciando las gargantas postreras, límite de los páramos castellanos» (1). Mientras el carruaje se detenía en el *Gran Hôtel de Ontaneda*, que así se intitula, edificio todo apariencias, con el aparato y la ostentación exteriores propios de este género de construcciones híbridas y no del mejor gusto, donde la humanidad doliente si no encuentra alivio á sus males, lo cual no es extraño, por lo menos halla mal herida la bolsa; y mientras nos daban aposento bien poco en armonía con el boato de la fachada, por lo que hace al mobiliario,—el sol, tras del cercano monte frontero, tapizado de hermosa verdura, habíase ya ocultado, y á poco la avisadora campanilla daba los tres repiques de rigor, llamando á la mesa á los habitadores de aquel doliente falansterio.

No te importan nada, lector, por curioso que seas, ni el aspecto del gran comedor, situado á la izquierda de la escalera en el piso bajo; ni el adorno de la larga y tendida mesa; ni los jarrones de imitado Sèvres y falso Sajonia, llenos de flores, que, sobre el blanco mantel lucían sus formas; ni el servicio de Triana con las iniciales enlazadas del Hotel; ni el camarero de frac y corbata blanca, rígido como un muñeco de resorte, con sus clásicas patillas y su lustroso y peinado cabello; ni el viejo enclenque, con el rostro encendido, que enfrente de ti se sienta y te examina como bicho raro; ni la damisela almibarada, que luce todas sus joyas y atavíos en aquella hora solemne, y que cuchichea y ríe con el mozalbete de al lado, haciendo dengues, fingiéndose interesante, y ocultando quizás bajo aquel atavío de juventud y de fresca apetitosas, quién sabe qué alifafes y qué má-

(1) ESCALANTE, op. cit. pág. 422 á 437.

culas... Nada de esto te importa, y puedes suponerlo, pues es cuadro que habrás presenciado muchas veces en establecimientos de igual índole, donde todo el mundo se da tono, y más en el *Gran Hôtel*, en el que no se hospeda sino gente *comme il faut*, por lo mismo que es de buen gusto y muy *chic*, si así se sigue diciendo, el darse aires de príncipes, donde nadie nos conoce; y como tampoco te importa el saber de qué modo pasamos la noche, y si hicimos ó



VALE DE TORANZO Y ESTACIÓN TERMAL DE ONTANEDA Y ALCEDA

no muchos escrúpulos al introducir nuestra humanidad entre sábanas de cuya sanidad no podemos salir del todo garantes,—en tanto que nos supones dando reposo á los miembros ya bien zarandeados por los caminos de la Montaña, que al fin, por ofrecer todos panoramas asemejables, llegan á fatigar algún tanto á quien no sea montañés de pura raza,—consulta cualquier indicador de aguas medicinales, y en él leerás la historia y las indicaciones terapéuticas de este afamado balneario.

Él te dirá, que por sus aguas sulfurosas, «tiene hoy nombre y fama Toranzo, fuera de sus asperezas, más que por ningún otro accidente de su hermosura ó recuerdo de un pasado»; que «el erudito y concienzudo hidrólogo doctor Ruiz de Salazar, nos describe en su excelente monografía, las medallas y monedas romanas con los bustos de Tiberio, Nerón, Vespasiano y Constantino, halladas en las primeras capas de grijo ó cascajo que constituyen el fondo del manantial» salutífero, lo cual es considerado como «feliz hecho», porque «prueba que ya los romanos bañaron sus cuerpos en tan bondadosas aguas, costumbre que—dicen no sin énfasis los montañeses,—debieron aprender de los cántabros, primitivos é indomables moradores del Valle de Toranzo» (1); que según análisis practicado por el doctor Rióz y Pedraja, «un litro de agua mineral de Ontaneda lleva en disolución:

PRINCIPIOS	PESO EN GRAMOS
Sulfhídrico.	0'016
Acido carbónico.	0'029
Sulfato cálcico.	1'770
Id. potásico.	0'486
Id. sódico.	1'347
Cloruro sódico.	0'980
Id. magnésico.	1'080
Carbonato cálcico.	0'039
Id. magnésico.	0'024
Oxido férrico.	0'005
Sílice.	0'011
Materia orgánica indeterminada. .	
TOTAL.	5'787 »

(1) *De Cantabria*, pág. 261.

Te manifestará, además, que los gases espontáneamente desprendidos del manantial, conforme al análisis del doctor Ruiz de Salazar, se hallan compuestos de ázoe, ácido carbónico y gas sulfhídrico en las proporciones siguientes :

	EN 100 PARTES DE MEZCLA
Azoe ó nitrógeno.	96
Acido carbónico.	03
Gas sulfhídrico.	1
TOTAL.	100;

que la temperatura constante de estas aguas «calificadas de azoadas, sulfhídrico-sulfurosas termales es de 27° 20 cs. centígrado, ó sean 18° Fahrenheit, y su caudal permanente de 1.184 litros por minuto, ó 70,940 por hora»; que «el agua mineral, no altera sensiblemente los papeles impregnados de tinturas vegetales», aunque «si se concentra por evaporación lenta, la reacción es manifiestamente alcalina, perdiendo al mismo tiempo su sabor hepático, al que sustituye otro marcadamente salado y amargo»; que «hierve á la temperatura de 95° centígrados»; que «la densidad á la temperatura de 18° es de 1,00892»; que «al pie del manantial», los ensayos sulfhidro-métricos demuestran que «un litro de agua mineral lleva en disolución 170 miligramos de azufre, que corresponden á 11 centímetros cúbicos de hidrógeno sulfurado; que entre sus indicaciones terapéuticas se halla «el herpetismo, el linfatismo, escrofulismo», en sus diferentes causas y modalidades, «la sífilis en todos sus períodos, y los accidentes ocasionados por el uso del mercurio, arsénico, plomo y plata», el reumatismo, las afecciones de la piel, el histerismo y neurastemia (neuralgias, clorosis, cloranemia y leucocitenmia), el raquitismo, afecciones de los ojos, padecimientos propios de los órganos genitales de la mujer, esterilidad dependiente de trastornos ó lesiones, diátesis úrica, oxálica y fosfática, la gota, dispepsias, gastralgias, etc., parexia del hígado, hiperemia é in-

fartos en este órgano, etc., y por último las afecciones del aparato respiratorio, con otras muchas que omitimos.

Ontaneda «tiene la iglesia en bajo, para no fatigar los valedunarios miembros de los fieles; la botica sobre la carretera, pronta á quien necesita sus jarabes y linimientos; esparcidas las viviendas al sol sobre la verde alfombra de la campiña; apretada la población antigua entre la plaza y la parroquia y el palacio; diseminada la nueva, la estacional, la nacida de *las aguas* á inmediación de éstas» (1), y sobre el manantial está fundado el *Gran Hôtel*, que al decir de sus encomiadores anuncios, es «edificio sólido, espacioso, suntuoso como no hay otro»; y suponiendo por mi parte que nada de esto tampoco te interesa, porque creo que no habrás de necesitar nunca de las aguas,—complácete, lector, cuando el sol haya salido con el nuevo día, en recorrer aquel hermoso valle, que es por sí solo capaz de producir acción terapéutica superior á la del manantial, y que se prolonga hasta más allá de Alceda, lugar donde con mayor antigüedad suntuaria, si así cabe decirlo, existe otro manantial famosísimo de aguas termales (2), pues «la vena sulfurosa mina

(1) ESCALANTE, Op. cit., pág. 440.

(2) Las aguas termales de Alceda, son «sulfurado cálcicas, sulfhídricas con gran cantidad de ázoe y ácido carbónico, á la temperatura de 25° 76 constante, y un caudal, quizás el mayor de cuantos de su clase existen en Europa, pues su aforo da por resultado 2.521 litros por minuto, 151.260 por hora, ó sean 3.630,240 por día»; «el análisis hecho por diferentes químicos distinguidos, se halla representado de la manera siguiente:

	Gramos	Cent. cúb. á 0° 76 de pr.
Azoe ó nitrógeno.	0,0968	7,6787
Acido sulfhídrico.	0,0108	0,0945
Id. carbónico.	0,0699	3,5240
Bicarbonato de cal.	0,0188	
Id. de magnesia.	0,0898	
Id. de hierro.	0,0189	
Cloruro magnésico.	0,8762	
Id. sódico.	1,3265	
Sulfato cálcico.	1,7099	
Id. sódico.	0,3906	
Id. potásico.	0,3411	
Silicato sódico.	0,0302	
Alúmina.	0,0016	
	4,9811 »	

«Sus indicaciones generales y especiales... son el herpetismo, escrofulismo y

todas aquellas cercanías, y fluye á borbollones en una y otra parte del río». El espectáculo de la humanidad, afectada por males diferentes, y más ó menos vergonzosos, no habrá de seducirte por manera alguna; y como con nosotros has venido hasta aquí para contemplar la naturaleza, obra de Dios, y á la par las producciones del arte en el tiempo, que son obra de los hombres, inspirada por los destellos divinales, — no sentirás gran pena porque no hagamos permanencia en el balneario de Alceda, al que hacen notable sobre toda ponderación sus aguas, y por el contrario recibirás placer visitando el pequeño pueblo de Bejorís, impregnado de recuerdos gloriosos para la patria, y á donde los dolientes bañistas frecuentemente van de excursión, y vuelven no con las manos vacías.

Pequeño es el pueblo en verdad; pero grande en nombra-
día, á juzgar por sus casas blasonadas, donde, con «su cristiana divisa *Credo in unum Deum*,» «se repite el caballeresco blasón de los Portillas,» y principalmente porque en él tuvo su solar, «entre los linajes que hacían famoso el valle de Toranzo», aquel «reputado por de la primera nobleza, el de los QUEVEDOS, que venía de los ricos hombres de Castilla,» y hubo de ser exaltado en el siglo XVII por D. FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS, gloria de las letras españolas. Ostenta por blasón esta familia, «escudo trino partido en pal: tres lises de oro en campo azul (una sobre otra) componen el primer cuartel; caldera sable en plata, el segundo; y el tercero, en campo de plata un pendón con su asta mitad blanco, mitad colorado.» «Por orla y divisa la siguiente desafortada letra:

linfatismo en sus diversas manifestaciones; el reuma sífilítico; las erupciones cutáneas de todas clases, y más esencialmente las de naturaleza específica ó herpética; la sífilis secundaria y terciaria, úlceras, caneros, dolores osteocopos, etc.; los catarros de todas las mucosas, del aparato respiratorio, digestivo y sexual de la mujer; procesos tisiógenos incipientes, predisposición catarral; necrosis; dispepsias atónicas, y anemia consecutiva.»

«Yo soy aquel *que-vedó*
 El que los moros no entrasen,
 Y que de aquí se tornasen,
 Porque así lo mandé yo (1).

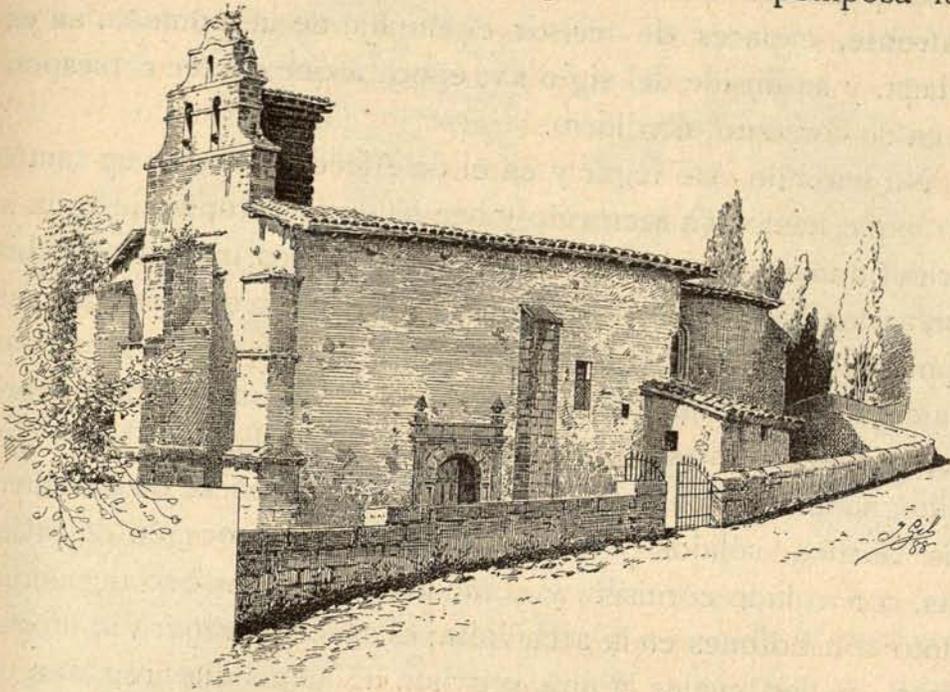
Ufanábanse los Quevedos,—con tanta razón como otras familias montañesas proclamaban heroicas y aun imposibles hazañas en sus blasones,—de que sólo había sido á su valor y arrojo posible el que los musulmanes no hubieran jamás pisado el valle de Toranzo, con lo cual «eran los más hinchados de la Montaña;» é hijos de «Pedro Gómez de Quevedo el viejo, natural de Bejorís, y de María Saenz de Villegas, natural de Villasevil, del mismo valle de Toranzo,» eran «al promediar el siglo xvi, Pedro Gómez de Quevedo,» señor de la casa solariega, y su hermano Juan, quien «pagado y satisfecho con ver su nombre y armas en los recamos de los ornamentos suntuosos, ó en la multitud de vasos sagrados, lámparas y relicarios de plata que de su mano enriquecían continuamente la parroquial de Santo Tomás de Bejorís,» jamás quiso salir del lugar nativo (2).

«Amigo de las letras, y deseoso de hacerlas brillar calificando su hidalguía en el palacio imperial de Carlos V», don Pedro fué secretario de la princesa doña María, hija del César, y gobernadora del reino en ausencia de su padre; y «cuando su esposo Maximiliano se coronó emperador de Alemania,» consigo llevó al hidalgo de Bejorís la princesa, tornando él á España en 1578, donde Felipe II le honró «con la plaza de secretario de su cuarta mujer Ana de Austria,» ocasión en que hubo de conocer sin duda, y cual todo lo hace presumible, á doña María de Santibáñez, nacida en Madrid, é hija de Juan Gómez de Santibáñez Cevallos, originario de San Vicente de Toranzo,

(1) FERNÁNDEZ GUERRA (D. A.), *Vida de Don Francisco de Quevedo Villegas*, tomo XXIII, de la *Bib. de Autores españoles*, pág. XXXIX, nota.

(2) D. PABLO ANTONIO DE TARSIA, *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas*, pág. 8; *Información de nobleza de don Manuel de Quevedo y Villegas*, citados por el señor Fernández-Guerra en la obra mencionada.

y aposentador que había sido del palacio de la emperatriz doña Isabel, como era desde 1566 continuo en el real palacio. «De este vínculo nació en Madrid nuestro *Don Francisco de Quevedo Villegas*, el cual fué bautizado en la parroquia de San Ginés á 26 de Septiembre de 1580,» y por quien toma fama Bejorís, muy superior á la que pudiera proporcionarle la pomposa letra



IGLESIA PARROQUIAL DE SANTO TOMÁS EN EL PUEBLO DE BEJORÍS, SOLAR DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO

del blasón heráldico de los Quevedos. Arruinada estaba ya la solariega mansión, cuando el insigne vate, por recordar memorias de su extirpe, llegaba á este pueblo, y escribía en sus muros:

«Es mi casa solariega
 Más solariega que otras,
 Pues por no tener tejado
 Le da el sol á todas horas;»

y años hace, señalaban todavía el solar «cuatro arruinadas paredes vestidas de zarza y helecho sobre el áspero declive de un prado llamado el Escajal, cuyos gallardos robles saltea el Pas

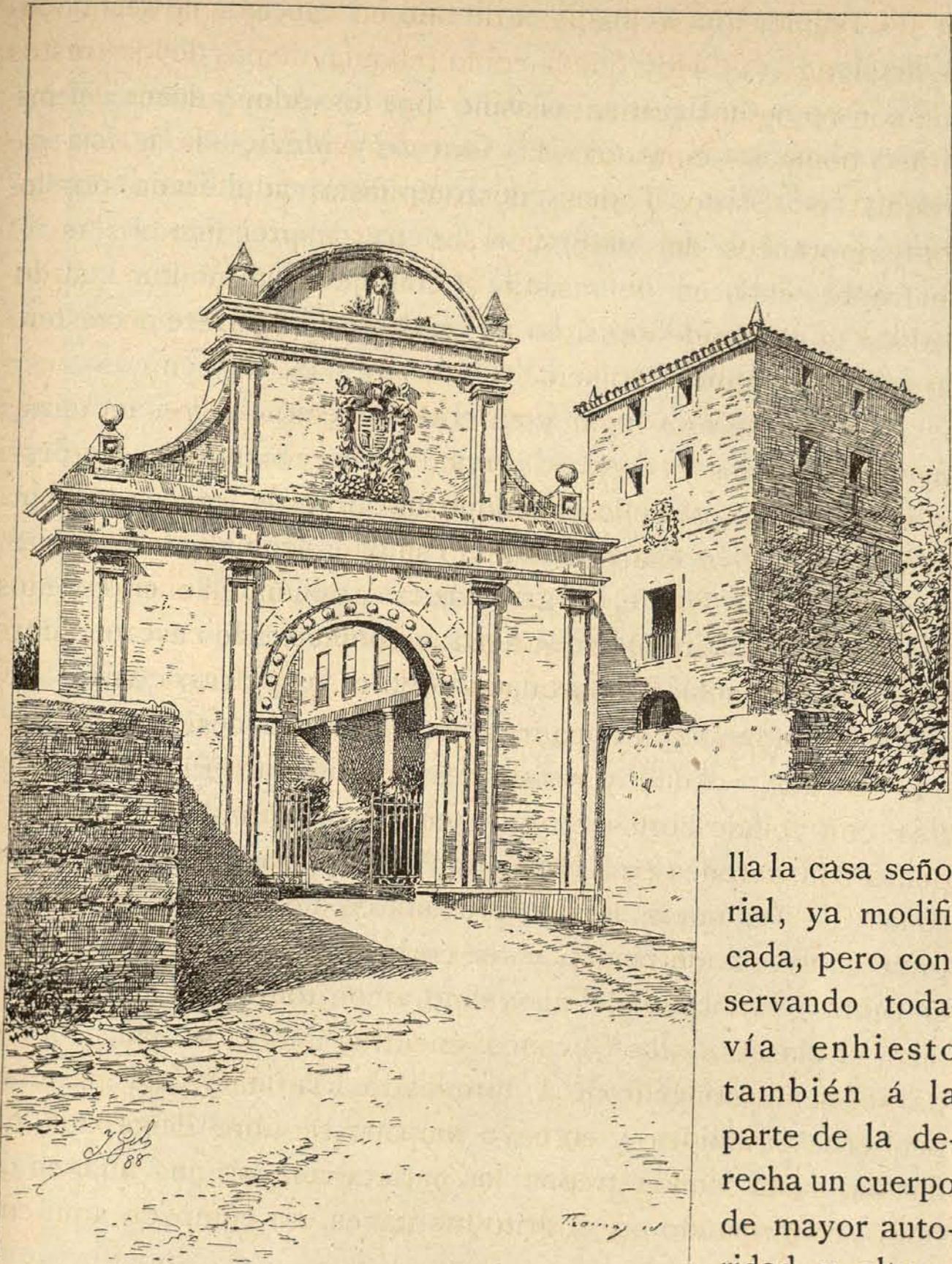
en sus avenidas, y se los lleva de uno en uno, con la tierra donde arraigan» (1). Hoy queda como reliquia, demás de los «restos que son recogidos con entusiasmo por los admiradores del inspirado poeta,»—como dice la *Guía del bañista*,—la iglesia parroquial de Santo Tomás, descompuesta, adulterada por los contemporáneos del vate, con sus tres fuertes estribos en la imafrente, capaces de resistir el empuje de la montaña, su espadaña, y su ábside del siglo xv, época á que parece corresponde en su conjunto el edificio.

No lejos de este lugar y en el de Alceda,—como en tantos otros que hemos ya recorrido y hemos de recorrer aún, lector, si paciencia tienes para ello,—flanqueada de muros, írguese soberbia y ufana consigo propia, pregonando su alteza con altanero desdén, y pintando á lo vivo el carácter de la Montaña en el siglo de los linajes, que fué aquel en que mayores desdichas cayeron sobre la patria,—la enhiesta portalada de la casa solariega de los Cevallos. Conforme con el padrón general, compónese de dos cuerpos, anchos, sólidos y resistentes: el inferior ornado de pilstras, con volado cornisón, y al medio, arco grandioso de medio punto con botones en la archivolta; el superior, repartido en dos zonas, de las cuales la una, provista de aletas que rematan en grandes esferas de piedra, y de cornisón moldurado, ostenta en el centro, timbrado de un yelmo y con todo el aparato heráldico, el blasón de los Cevallos, mientras la otra se halla formada por semicircular frontón, terminado á la una y otra parte en pequeñas pirámides, y en cuyo tímpano se abre desornada ornacina, hasta donde trepan las parietarias, con una imagen de bulto, confirmando así el grito montañés, no cumplido aquí con entero rigor:

¡Alto, muy alto, el blasón;
pero más alta la Cruz!

Á la derecha del corralón á que da paso la portalada, se ha-

(1) ESCALANTE, op. cit. pág. 443.



ALCEDA.—CASA SOLARIEGA DE LOS CEVALLOS

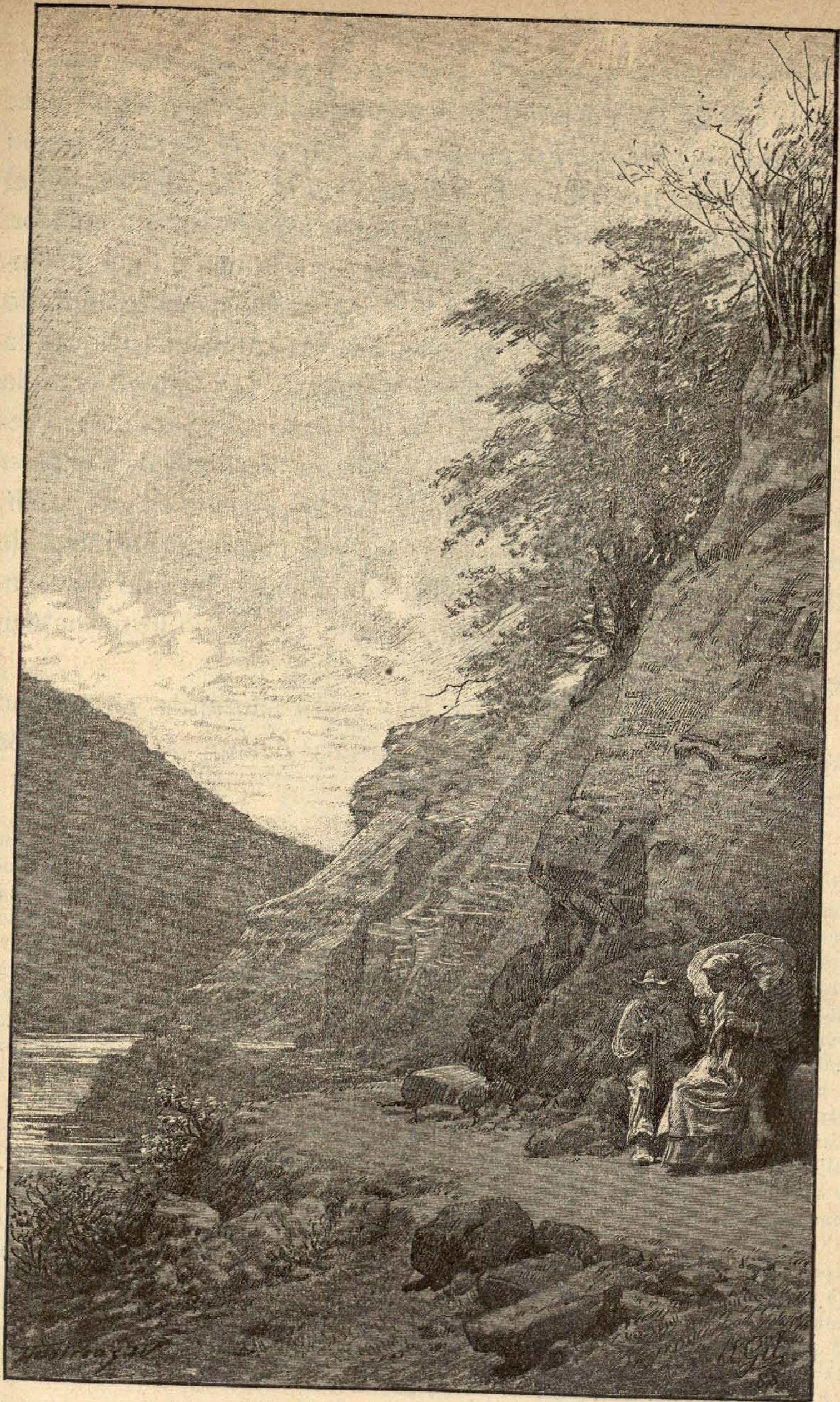
lla la casa señorial, ya modificada, pero conservando todavía enhiesto también á la parte de la derecha un cuerpo de mayor autoridad y altura, en cuya fachada destaca, para que bien se vea, el mismo blasón nobiliario. Del linaje de estos Cevallos debía de ser sin duda aquella doña María que contrajo matrimonio con don Juan Gómez de Quevedo, hermano del se-

lla la casa señorial, ya modificada, pero conservando todavía enhiesto también á la parte de la derecha un cuerpo de mayor autoridad y altura, en cuya fachada destaca, para

ñor de Bejorís don Pedro, y tío de don Francisco de Quevedo y Villegas.

Ya en pos de Bejorís, «el valle deja de serlo, y cuando llega á Entrambasmestas, se divide á Oriente y Mediodía en dos angostas y retorcidas cañadas que sirven de cama al Pas derramado de la sierra de su nombre, al Luena desprendido de las alturas que marcan el límite de la tierra castellana.» Por una de aquellas pintorescas hoces, ha de empalmar la carretera de tercer orden de Villasante á Entrambasmestas, hoy en construcción, y que pasando por Guzparras, La Gurueba y Candolías, llegará á la Vega de Pas con cerca de once kilómetros de desarrollo desde el punto de empalme mencionado. ¡Qué apacible lugar aquél, donde resuena sólo el rumor indefinible del Pas que va constante hendiendo las grises rocas, puliéndolas en cariñosos y continuados besos; que agita y conmueve los escajos, los helechos y las demás hierbas nacidas entre las piedras como para engalanar su camino, y que presta jugo á los árboles, y éstos por su parte fresca sombra á la pasiega fatigada por el peso del cuévano que descansa sobre sus fuertes costillas! ¡Qué propiamente encajan en aquel lugar tales figuras, y qué hermosa se presenta la naturaleza allí, cuando todavía no ha logrado hacerla sierva suya la fuerza expansiva de la vida social moderna que todo lo trastrueca y mueve, con el afán de utilizarlo y de engrandecerlo para sí propia!

Hallarse en el valle de Toranzo y no visitar el de Pas, falta imperdonable sería por cierto, y de la cual no queremos, lector, hacernos á tus ojos responsables; y pues conoces ya Ontaneda, Alceda y Bejorís, este pueblo último principalmente, porque á él vive unida la memoria del madrileño oriundo de la Montaña, don Francisco de Quevedo y Villegas, tan notable teólogo y humanista como poeta y diplomático,—tornemos, pues no hay otro camino, al Puente del Soto, y al Soto, donde renovaremos la memoria del Convento de Franciscanos, no sin que antes, y al llegar cerca de Prases, se descubra «en terreno quebrado y es-



HOZ DE ENTRAMBAS-MESTAS. CAMINO NUEVO (EN CONSTRUCCIÓN) PARA EL VALLE DE PAS